N. 10

EL VIEJO Y LA NIÑA.

COMEDIA

EN TRES ACTOS EN VERSO.

Representada en el Teatro del Príncipe año de 1790.

PERSONAS.

Don Roque, viejo.
Don Juan, amante de
Doña Isabel, muger de Don Roque.
Doña Beatriz, viuda, hermana
de Don Roque.
Blasa, criada.
Gines, criado de Don Juan.
Muñoz, viejo, criado de D. Roque.



La Scena es en Cádiz en una sala de la casa de Don Roque.

ACTO PRIMERO.

SCENA I.

El Teatro representa una sala con adornos de casa particular, mesa, canapé y sillas. En el fondo del Teatro habrá una puerta del despacho de Don Roque, otra al lado derecho, que es la de la escalera, y otra en frente, que da entrada á las demas habitaciones interiores.

Don Roque, y despues Muñoz.

D. Roq. Muñoz.
Muñoz. Señor. *(desde adentro.*
D. Roque. Ven acá.
Sal. Muñ. Ved que queda abandonada
la puerta y zaguan.
D. Roque. ¿No echaste
al postigo las aldavas
y el cerrogillo?
Muñoz. Si eché.
D. Roq. Pues no hay que rezelar nada
miéntras á la vista estamos:
y si Vigotillos ladra,
al instante baxarás.
Muñoz. ¿Y á qué fin es la llamada?
D. Roque. A fin de comunicarte
un asunto de importancia.
Muñoz. No está mi cabeza ahora
para consultas.
D. Roque. Extraña
condicion tienes, Muñoz.
Muñoz. Yo bien sé......
D. Roque. No sabes nada
de lo que voy á decir.
Muñoz. ¡Sí, que al chico se le escapan
las cosas! ¡como es tan bobo!
D. Roque. Escúchame dos palabras,
y escucha con atencion;
porque al honor de mi casa,
y á mi quietud.....
Muñoz. En efecto
salió lo que me pensaba:

vaya.
D. Roque. Conviene....
Muñoz. Conviene
que declareis lo que os pasa,
y qué quereis, sin andar
con repulgos de empanada.
D. Roq. Guarda el rosario, y escucha.
Muñoz. Guardo, y escucho.
D. Roque. Excusada
cosa será repetirte,
pues no debes olvidarla,
la estimacion y el aprecio
que has merecido en mi casa;
tanto, que habiéndote siempre
aborrecido en el alma,
por motivos que ya sabes,
mis tres mugeres pasadas,
yo siempre sordo á sus quejas
te he mantenido en mi gracia.
Diez y seis años y medio,
tres meses y dos semanas
hace que comes mi pan:
en servidumbre tan larga.....
Muñoz. Y bien le he comido; ¿y qué?
D. Roque. Digo, que esto solo basta
á que tú reconocido,
quando yo de tí me valga.....
Muñoz. Vamos al asunto.
D. Roque. Vamos:
sabrás, Muñoz, que la causa
de mi mal, lo que me tiene
sin saber por dónde parta,
es ese Don Juan..... ¿qué dices?
Muñoz. ¿Yo acaso he dicho palabra?
D. Roque. Jurara......
Muñoz. Lo que no suena
oye; y lo que suena, nada. (*Apar.*
Señor, adelante.
D. Roque. Digo,
que el autor de mi desgracia
es este Don Juan que vino
á Cádiz ayer mañana,
y aceptándome la oferta
que le hice yo de mi casa,
se nos ha metido aqui:
¡nunca yo le convidara!
Muñoz. La culpa la teneis vos:
¿quién os metió..... me da rabia.....
cuidado que....? quién ofrece
con repetidas instancias
hospedage, cama y mesa
á un hombre, que.....
D. Roque. No sin causa
hice el convite, Muñoz;
porque èl en Madrid estaba
con Don Alvaro de Silva
su tio; con quien trataba
yo, por tener á mi cargo
aquello de la Aduana,
ya te acuerdas: murió el tio;
fuerza fué, pues le dexaba
por su heredero, tratar
con el sobrino; y en varias
cartas que escribí, formando
unas cuentas que quedaban
sin concluir, por algunas
cantidades devengadas,
le dixe, que si queria
venir á hospedarse á casa
quando pensara en volver
á Cádiz..... ¿mas quién juzgara
que lo habia de admitir?
Un hombre de circunstancias
como es él, que en la Ciudad
conocidos no le faltan
de su genio y de su edad,
¿á qué fin?..... no fué mi instancia
nacida de buen afecto;
porque mal pudiera usarla
con un hombre, que en mi vida,
pienso, no le ví la cara:
sino, como me escribió
que de Madrid se marchaba,
y en Cádiz me entregaria
los dineros que restaban
á mi favor, meramente
por atencion cortesana,
hice la oferta, creyendo
que nunca fuese aceptada.
Muñoz. Pues ya estais desengañado.
Hace que se va.
D. Roque. Sí lo estoy, pero me falta
que decir; porque esta noche,
al pasar yo por la sala,
noté que en el gabinete,
él y mi muger estaban.

Muñoz. ¡Bueno!
D. Roque. Acercome, mas no
pude entenderles palabra:
solo ví, que el tal Don Juan,
como que la regañaba,
iba á levantarse, y ella
con acciones y palabras
le detenia: yo viendo
aquello de mala data,
dí algunos pasos atras,
hice ruido con las chanclas,
entro, y la encuentro cosiendo
unas cintas á mi bata,
y á él entretenido en ver
las Pinturas y los Mapas.
Muñoz. ¡Qué prontitud de demonios!
D. Roq. ¿Qué he de hacer en tan extraña
situacion, Muñoz amigo?
tu sagacidad me valga:
sácame de tanto afan;
¿que debo hacer? De mi hermana
no me he querido fiar;
porque en secreticos anda
con Isabel, y sospecho
que las dos.....
Muñoz. Son buenas maulas.
En fin, lo que yo predixe,
al pie de la letra pasa:
viejo el amo, y achacoso,
con muger niña se casa,
lo dixe; no puede ser;
si es preciso......
D. Roque. Tú me matas,
Muñoz, con eso; pues quando
buscan alivio mis ansias
en tu consejo, te pones
á reñirme cara á cara,
sin decirme......
Muñoz. Como á mí
no se me dixo palabra
de la boda, no juzgué
que, saliendo calabaza
dicha boda, fuese yo
de provecho para nada.
D. Roque. Aquello ya se pasó.
Muñoz. Un mes ha no se acordaba
nadie de Muñoz, y ahora.....,
bien dicen, toda es mudanzas
esta vida: ¡qué consultas
tan graciosas y tan largas
se celebráron aquí!
¡qué prodigios, qué alabanzas
de la novia! y entre tanto
vegete que se juntaba,
ninguno hubo que dixese:
Don Roque, ved que no es sana
determinacion casaros
si ya teneis enterradas
tres mugeres, no llameis
á que os entierre la quarta:
dexadlo por Dios, amigo,
que en la edad tan avanzada
que teneis, parece mal
lo que en otra no se extraña;
ya no es bien visto.....
D. Roque. Muñoz,
olvida cosas pasadas;
dime lo que debo hacer.
Muñoz. Parece cosa de chanza,
un setenton enfermizo
casarse; ¿y con quién se casa?
con una niña, que apénas
en los diez y nueve raya:
y despues, sin conocer
el riesgo que le amenaza,
admite en su casa á un hombre
que la conoció tamaña,
y ella y él, desde chiquitos,
se han tratado y aun se tratan
con harta satisfaccion.
D. Roq. ¿Con que esa amistad es larga?
Muñoz. ¡Toma! ¿con que no sabeis
quién es ella?
D. Roque. Sé, que estaba
en poder de su Tutor,
Don Juan Antonio de Lara,
que la educó.
Muñoz. Bien está:
tambien sabréis, que pasaba
muchas veces la tal niña,
por vivir tan inmediata,
á casa de vuestro amigo
Don Alvaro: allí trataba
con el sobrino dichoso;
él, no es mucho que pagara
las visitas; ¡ya se vé

es atento! se formaba
la tertulia, y entre tanto
que los abuelos jugaban
ellos jugaban tambien,
y todo era bulla y zambra:
en fin, la amistad nació
en la niñez. Si ella es mala,
sí se debe sospechar
que del juguete pasara
á otra cosa, que en la edad
que tienen, no será extraña,
eso discurridlo vos,
que yo no entiendo palabra.

D. Roque. ¡Ay Muñoz! ¡válgame Dios!
ya se vé, fuéron tan raras
las veces que fui allá,
que no es mucho lo ignorara:
trataba de mis asuntos
con Don Alvaro..... ¡pues vaya,
que la aficion es de ayer!
como quien no dice nada,
sus diez años por lo ménos
llevan de amor.

Muñ. Cosa es clara. (*Hace que se va.*

D. Roque. ¿Te vas?

Muñoz. Me voy.

D. Roque. No, Muñoz;
dime lo que se te alcanza
en este asunto, y qué puedo
hacer.

Muñoz. Dale, ya me cansa
tanto pedir parecer.
¿Qué dudais? Que sin tardanza
el huésped y su criado
salten de aquí; que la hermana
pegota vaya tambien
á mantenerse á su casa.
Guardad á vuestra muger,
Señor Don Roque, guardadla,
que no sois nada galan,
y ella es bonita y muchacha.
Jamas la consentiréis
festines, ni serenatas,
ni amiguillas, ni paseos,
ni cosa que la distrayga
de la aguja y del fogon.
Y no penseis que esto alcanza:
por el pronto..... pero al cabo.....
siempre.... en fin, no digo nada;
ello.... haced lo que os parezca:
basta de consulta.

D. Roque. Aguarda,
Muñoz, ¿qué ha de ser preciso
tal cuidado y vigilancia
para conservar mi honor?

Muñoz. Y si miéntras que se trata
aquí su conservacion,
está el huésped en la sala
requebrando á mi señora,
no adelantarémos nada.

D. Roque. No temas, que le dexé
encerrado en esa estancia
de mi despacho: fingiendo
que iba á escaparse la gata,
torcí la llave, y no puede
salir hasta que yo vaya.

Muñoz. ¡Raro arbitrio! ¿Con que haréis
esa expulsion?

D. Roque. Sin tardanza;
y tanto, que determino
que ninguno duerma en casa
esta noche.

Muñoz. ¿No es mejor
que ántes de comer se vayan?

D. Roque. Ello ha de ser, es preciso.

Muñoz. Allí viene vuestra hermana,
la viudita, consejera
y compinche de mi ama.
¡Eh! ya podeis empezar;
la ocasion la pintan calva.

D. Roque. Verèmos; pero yo dudo
conseguir lo que se trata
entre nosotros.

Muñoz. ¿Por qué?

D. Roque. Qué sé yo si.....

Muñoz. Vaya, vaya,
Señor: cuidado que el hombre
en un pelillo se atasca.

SCENA II.

Don Roque y Doña Beatriz.

Doña Beatr. Roque, saca chocolate,
que las pastillas del arca
se acabáron.

D. Roque. ¿Se acabáron?

Doña Beatr. Sí ¡como quedáron tantas!

D. Roq. Pues, Señor, ¿quién se ha sorbido
tanto

tanto chocolate? vaya
que esto va malo, Beatriz:
jamas he visto en mi casa
tal desórden: ¡ya se ve!
si parece una posada:
mas he gastado en un mes,
que en un año quando estaba
solo con Muñoz. Yo quiero
poner remedio: tú, hermana,
es menester que recojas
tus trasticos y te vayas;
déxame con mi muger,
que no quiero tantas faldas
junto á mí. Quando la boda
viniste con tu criada
á recibir á la novia,
asistirla, agasajarla,
en fin, á mangonear
únicamente; excusada
venida; pero aun supuesto
que ella te necesitara,
para que tú la instruyeras
sobre algunas circunstancias
de mi genio, ó cosa tal,
las quatro ó cinco semanas,
que ha que nos casamos, juzgo,
Beatriz, que son muy sobradas
para la tal instruccion.
Tu marido, que Dios haya,
te dexó por heredera;
y entre créditos, alhajas
y hacienda quedó bastante
para que no le lloraras:
á mí no me necesitas
para nada, para nada;
si fuera decir......

Doña Beatriz. Y dime,
¿toda esa arenga en substancia
es porque me vaya?

D. Roque. Sí.

Doñ. Beat. ¿Sí? pues no me da la gana.

D. Roque. ¿Por qué no?

Doña Beatriz. Porque conozco
mejor que tú, las marañas
que estás urdiendo; tú quieres
echar á todos de casa,
lo primero, porque sientes
cada ochavo que se gasta
á par del alma; y despues
para empezar con extrañas
ridiculeces á dar
que sentir á esa muchacha,
y no lo merece á fe!
Duélete de su desgracia,
no la aumentes; una niña
sin padres, abandonada
á su Tutor, á un bribon,
que en lugar de procurarla
un casamiento feliz,
con un cadáver la casa,
solo porque viendo en tí
el cariño que mostrabas
á Isabel, no le pediste
cuentas, ni él pudiera darlas:
¡ay hermano! esa infeliz
no merece que la añadan
disgustos, no: pero tú
en nada de esto reparas.
Piensas que te lo mereces
todo, que es afortunada
siendo tu muger, y en vez
de servirla y agradarla
vas à hacerte su tiráno:
querrás, sin duda, quitarla
el alivio que halla en mí,
como en su amiga y su hermana;
querrás, en fin, que no sea
compañera, sino esclava;
y cerrando á piedra y lodo
la fortaleza encantada,
no permitirla visitas,
ni consentirla que salga
jamas á aquellas honestas
diversiones necesarias
á una niña. Esto no es bueno,
hermano; debes tratarla
con amor, y reprimirte
muchas veces en tus raras
aprehensiones, y hazte cargo
de la infinita distancia
que hay de tu edad á la suya.

D. Roque. ¿Pero yo te he dicho nada
de eso muger? ¿yo la oprimo?
¿yo acaso quiero matarla?
¿no la mimo? ¿no procuro?.....

Doña Beatriz. Sí, procuras apurarla

el

el sufrimiento, y no sé,
de veras, cómo te aguanta.

D. Roq. ¡Hola! ¿quieres que las cosas
que debe hacer no las haga?
¿quieres que vaya á buscar,
teniendo muger en casa,
quien me ponga el peluquin,
y me limpie la casaca?
Bueno fuera, si por cierto,
que solo por alegrarla,
si la quebradura, el flato,
ó la gota se me agrava,
(que ayer me puso á morir)
todo lo disimulara,
ocultando mis dolores
con brincos y risotadas.
¿Quisieras......

Doña Beatriz. No quiero tal.

D. Roque. Que ya cubierto de canas,
fuera un petimetre lindo,
dixecito de las damas,
vivarachito, monuelo,
director de contradanzas
entre duende y arlequin?

Doñ. Beat. ¿Quién te dice, que tal hagas?

D. Roq. Vosotras, qué gustais siempre
de semejantes monadas:
¿qué no te conozco yo?
¿te parece que me engañas?

Doña Beatriz. Vaya que eres fastidioso,
si los hay.

D. Roque. Y tu preciada
de sabidilla y doctora.

Doñ. Beat. Sí, porque todas tus maulas
te las entiendo.

D. Roque. Beatriz.....

Doña Beat. ¡Eh! déxate de eso; saca
chocolate, corre.

D. Roque. Al fin (*Téndose.*
todo es quimeras, y en nada
hemos quedado. ¡Ay Señor!
si no he de poder echarla.
Ocho y ocho diez y seis,
y la semana pasada
asucar rosado, bollos......
¡no es cosa lo que se gasta!

Abre con la llave la puerta del foro, y se va por la de la izquierda.

SCENA III.

Doña Beatriz y Gines.

Doña Beatriz. ¿A quién buscas?

Gines. A mi amo.

Doña Beat. Ahí en el despacho estaba;
ya sale.

SCENA IV.

Don Juan y Gines.

D. Juan. Corre, Gines;
ve al puerto lleva esta carta,

Le da una carta.

y allí pregunta á qualquiera
por Don Pedro de Arizabal,
que es Capitan de Navío,
alto, moreno, que hablaba
conmigo ayer por la noche;
¿estás? y díle, que á causa
de tener que prevenir
ciertas cosas que me faltan,
no puedo pasar á verle:
dale este papel, y aguarda
la respuesta, que es precisa
por escrito ó de palabra,
y vuelve al instante.

Gines. Voy;
pero, Señor, deseara
saber si en estos recados
de la partida se trata
¿qué quereis hacer de Cadiz?

D. Juan. Sí Gines, ya está pensada,
y hoy mismo quiero salir,
ó quando mucho mañana.

Gines. ¿Y adónde vamos?

D. Juan. Adonde
léjos esté de mi patria.
Mi primo Don Agustin
es Oidor en Guatemala;
deudo y amistad nos une,
allí nada me hará falta.

Gines. ¿Y aquì Señor?

D. Juan. Aqui solo
tengo sustos y desgracias:
déxame Gines, que estoy
fuera de mí.

Gines. Mas extraña
casualidad no se ha visto:
y á mí que no sé la causa,
me da mayor confusion.

D. Juan. ¡Ah! que una muger ingrata
me quita la vida: ¡ ay Dios!
Tú, Gines, no ignoras nada:
sabes, que desde chiquitos
nos quisimos; que ella estaba
á tutela, y yo en poder
de mi tio. Este pensaba
casarme en Madrid con una
Señora muy hacendada......
ya lo sabes; ocultando
el amor que profesaba
á Isabel, ni repliquè,
ni le quise dar palabra.
En este tiempo mi tio,
viendo que se retardaban
sus asuntos, resolvió
ir á Madrid; yo que estaba
sujeto á su voluntad,
fui con él....¿ni quién juzgara
que esta ausencia causaria
à mi amor fatigas tantas?
Despedíme de ella, y nunca
la ví mas enamorada;
lloró, suspiró, rogó
que no la dexase....¡ah falsa
engañadora! Llegamos
á Madrid, y en tan amarga
ausencia solo con ver
su letra me consolaba.
Escribióme mil finezas,
yo la repetí otras tantas;
y al cabo de quatro meses
cesó del todo en sus cartas.
Yo ¡triste de mí! ignorando
qué motivos pude darla,
mil causas imaginé;
pero un amigo, que estaba
en Cádiz á la sazon,
me escribió que se casaba
Isabel, mas sin decirme
con quién, ni cómo la ingrata
pudo olvidar en un dia
tantos años de esperanza.
En este tiempo, Gines,
sucede la inopinada
muerte de mi tio, siendo
la mayor de mis desgracias,
pues no conocí otro padre,
y como tal me estimaba.
Nombróme por su heredero;
yo, despues de despachadas
las cosas que disponia,
dexé á Don Luis de Miranda
con poderes, para que
en nombre mio cobrara
algunas deudas; dispongo
á toda prisa la marcha,
creyendo ocultarme en Cadiz
hasta saber si era falsa,
ó cierta la ingratitud
de esa muger. Di mil trazas
para poderlo lograr;
y eligiendo la mas mala,
dispongo parar aquí,
porque sabiendo la rara
condicion de este Don Roque,
el qual con nadie se trata,
y es su casa una prision
eternamente cerrada;
juzgué ser facil estar
en ella, sin que notare
nadie mi venida. Llego
en fin, y encuentro casada
á la pérfida Isabel.
¡Qué lance! quando acababa
ayer de llegar, y dice
Don Roque, que está de gala
porque es novio; llama luego,
para que yo celebrara
la eleccion, á su muger.
Viene al fin acompañada
de Doña Beatriz; ¡si vieras!
no es posible ponderarla...
la turbacion, el horror......
yo no la dixe palabra.
Ella, la cruel! queria
disimular; fuéron vanas
diligencias; yo la ví
llorosa y acongojada
mirar á una y otra parte
fuera de sí, no acertaba
á hablar siquiera:::: ¡ay de mí!
El es un necio, y en nada
reparó. ¡Valgame Dios!
¡válgame Dios! esto alcanza
quien la tuvo tanto amor!

Yo no sé lo que me pasa.....
yo no sé......
Gines. ¿Y habeis hablado
con ella á solas?
D. Juan. Estaba
anoche en un quarto de esos,
¡con qué halago en sus palabras!
¡qué hermosa! ¡qué fementida
quiso moderar mi saña;
quiso de nuevo engañarme!
pero apénas comensaba,
vino su marido. Ahora
ni puedo ni quiero hablarla;
¿qué ha de decir? ¿cómo puede
decir que tuvo constancia,
ni que amó de veras? ¿cómo?
Gines. Quizá, Señor, obligada
de su Tutor: ella es niña
todavía, y como estaba
tan oprimida.....
D. Juan. ¡Ay Gines!
no hay disculpa, no has de hallarla:
soy infeliz..... pero yo
con fuga precipitada
mi patria abandono; y ella
libre se queda y ufana
de su triunfo! ¿y no podré
decirla, que es una ingrata
fementida muger? Mira,
Gines, vuelveme esa carta.
Gines. ¿Qué pensais hacer?
Dándole la carta.
D. Juan. No sé;
porque tengo tan turbada
la imaginacion, que dudo,
resuelvo, temo, contrarias
ideas á un tiempo mismo
me martirizan el alma.
Ve adentro, recoge todos
mis papeles en la caxa,
que en la posada quedó
arreglado lo que falta,
¿Me seguirás?
Gines. Yo, Señor,
gustoso os acompañara
al cabo del mundo; solo
me aflige vuestra desgracia;
¡oxalá pudiese yo
en algun modo aliviarla!
D. Juan. Sí, Gines, no me abandones.
Gines. En mi no hallaréis mudanza,
siempre os he querido bien.
D. Ju. Pues haz lo que he dicho. ¡Quantas
penas me cercan! la muerte
puede solo remediarlas.

SCENA V.

Don Juan y Don Roque.

D. Juan. Señor Don Roque, supuesto
que estan ya finalizadas
nuestras cuentas, entraréis
á enteraros de la paga,
veréis los vales.
D. Roque. ¿Qué, es todo
en papel?
D. Juan. Si no se halla
dinero; además, que ¿cómo
quereis que yo me arriesgara
á venir por un camino
con él?
D. Roque. Como tú te vayas, *Apart.*
todo va bueno: decia,
que os daré sobre la marcha
el recibito.
D. Juan. Por eso
no os molesteis.
D. Roque ¡Buena paga
era el tio! le traté
muchos años; y estimaba
á sus amigos, buen hombre
y alegre, siempre de chanza:
¡pobre Don Alvaro! ¿y quánto,
limpio ya de polvo y paja,
os ha venido á quedar?
D. Juan. Las haciendas de Chiclana
y el vínculo.
D. Roque. ¿Si? no es mal
bocado, amigo; hoy se gasta
mucho, y en no habiendo mucho,
lo poco presto se acaba.
Vos habeis quedado bien;
ahora tomeréis casa,
la pondréis á lo moderno,
buenos trastos, y mañana

os casais, y la muger
que tampoco irá descalza......
viviréis como un Señor.
¿Y quándo, quando se trata
de buscar casa?
D. Juan. ¡Qué tonto *Ap.*
es el hombre! No pensaba
en eso, porque si acaso
no se me proporcionara
lo que intento, en Cadiz nunca
faltan muy buenas posadas
para quien tiene dinero.
Allí viene, no he de hablarla.
Aparte, mirando adentro.
D. Roq. ¿Con que al fin determinais?.....
D. Juan. Si quereis dexar firmadas
aquellas cuentas, entrad.
Entrase en el quarto de Don Roque.

SCENA VI.

Don Roque y Doña Isabel.

D. Roque. Me dexó con la palabra
en la boca; el hombre tiene
cosas bien estrafalarias.
Isabel.
Doña Isabel. Señor.
D. Roque. ¿Conque
nos quiere dexar mi hermana?
¿Te lo ha dicho?
Doña Isabel. No señor.
D. Roque. Pues sí, parece que trata
de irse á su casa; está ya
la pobrecilla cascada,
y aunque es moza, los trabajos
y pesadumbres acaban
bastante. ¿Tú qué me dices?
¿sentirás que se nos vaya?
Doña Isabel. Sí señor; decidla vos
que se quede.
D. Roque. ¿Sí? Aquí hay maula. *Ap.*
Es verdad, que como vive
tan cerca, que sus ventanas
dan en frente de las nuestras,
desde aquí puedes hablarla
todos los dias.
Doña Isabel. Su genio
es muy amable; me agrada
tanto, que nunca quisiera
que se fuese.
D. Roque. ¿Sí? Aquí hay maula. *Ap.*

SCENA VII.

Don Roque, Doña Isabel y Muñoz.

Muñoz. Señor, ahí vino el Caxero
de Monsieur Guillermo.
D. Roque. ¿Quántas
veces ha venido ya?
¿No le he dicho que esperaban
los géneros del Ferrol?
y que hasta que en la Aduana
se registren......
Muñoz. Bien, ¿y qué?
si no es esa la embaxada
que ha traido. La paciencia
de un Santo no me bastara.
Dice, que á las nueve en punto
en su despacho os aguarda,
y os entregará el dinero
del importe de las lanas
el Inglés, Anson..... Manson.....
¿Qué sé yo cómo se llama?
el Inglés.
D. Roque. Sí, ya lo se:
¿y precisamente aguardan
hoy á pagarlo?
Muñoz. Parece
que al primer viento se marcha.
D. Roque. Pues, y es preciso acudir:
¡que por una patarata
le han de incomodar á un hombre,
y hacerle salir de casa
quando quieren! Tú Muñoz,
tampoco sirves de nada
para estas cosas; se ofrece
escribir en una llana
quatro renglones, no sabes;
vas á buscar una carta,
no entiendes el sobrescrito;
y yo......
Muñoz. Pues pese á mi alma,
¿no lo sabeis años ha?
¡cuidado que teneis gana
de quimera! si no sé,
¿qué le hemos de hacer? no es mala
la aprehension, salir ahora,
sin haber sobre que caiga,
con esa pata de gallo.
D. Roq. ¿Muñoz, por eso te enfadas?
lo dixe, porque si fuera
posible que me aliviaras

en ciertas cosas.....

Muñoz. ¡El diantre
de la invencion! vaya, vaya.

D. Roq. Vamos Muñoz, no te enojes;
toma un polvo.

Muñoz. ¡La zanguanga
del polvito! tengo aqui.

D. Roque. Arrójalo que eso es granzas.

Muñoz. Así me gusta.

D. Roque. Este es
de aquello bueno de marras
del Padre de la Merced;
¿te acuerdas?

Le da la caxa: Muñoz la abre, y se la vuelve, hallándola vacía.

Muñoz. Aquí no hay nada.

D. Roque. Es verdad, se me olvidó
echar tabaco en la caxa:
ya la llenarè despues.

Muñoz. Mala centella te parta. (*Apar.*

SCENA VIII.

Don Roque y Doña Isabel.

D. Roque. Este Muñoz es fatal.

Doña Isab. Pero lo que mas me pasma
es las respuestas que tiene.

D. Roq. Es su genio. No la agrada *Ap.*
porque es viejo. Dame, dame
el peluquin; esta bata
y el gorro ponlos alli,

Harán lo que denotan los versos.

que sepa, volviendo á casa,
donde lo he de hallar: Ayer
casi toda la mañana
anduve buscando el gorro,
porque mi señora hermana
me le guardó tan guardado,
que ni aun ella se acordaba
donde le puso: las cosas
siempre en su lugar.

Doña Isabel. La caxa
del peluquin no la encuentro.

D. Roque. ¡Válgate Dios! ahí estaba
debaxo de ese bufete:
con cuidado, no se caiga.
Toma el gorro: donde he dicho:
así está bien. En el arca
verás una chupa musga,
que tiene boton de plata,
y una casaca blanquizca;
tráelo todo.

Entra Doña Isabel; Don Roque se queda en el teatro en justillo.

Esta muchacha:
¡Ay señor! y lo peor
es, que mi Don Juan no salga.
Pues, yo me voy, y se quedan
solos: ¡buena va la danza!
Unicamente Muñoz......
¡y Muñoz está que salta
conmigo, no sé por qué!
¿Isabelilla, despachas?

Sale Doña Isabel con el vestido.

Doña Isabel. Estaba todo revuelto.

D. Roque. Como aun no estás enterada
de las cosas, ni el parage
donde se ponen y guàrdan
mis vestidos... ¡ah! si vieras,

Dirá estos versos miéntras se viste, ayudándole Doña Isabel.

(otro gallo me cantaba
entónces) quando vivia
mi difunta Nicolasa!
¡qué puntualidad, qué aseo!
¡era una muger muy guapa!
Y siendo moza, que apénas
á los quarenta llegaba
quando murió, nunca, nunca
aquella muger pensaba....

Doña Isabel. ¿Vais en cuerpo?

D. Roque. No por cierto,
que hace un ambiente, que pasma.
Ella gustar de cortejos,
ni como otras atronadas....
¡qué! jamas.

Doña Isabel. ¿Traigo el capote?

D. Roque. ¿Cómo?

Doña Isabel. ¿Si quereis que traiga
el capote?

D. Roque. El redingot.

Doña Isab. Pues bien, eso preguntaba.

D. Roque. Sí señor, muy hacendosa,
continuamente aplicada
á la labor, eso sí;

Dirá estos versos miéntras Doña Isabel le limpia.

y las otras dos, la Pacha
y la Manolita, todas
fuéron á qual mas honradas;

á su

á su marido y no mas:
¡ya se vé! buenas christianas.

D.Isab. Dios me dé paciencia;¡ay triste!

Vase Doña Isabel.

D. Roque. Si esta muger no es negada,
ha de conocer.... preciso,
á qué van encaminadas
mis indirectas : Dios quiera
que surtan efecto.

Sale Doña Isabel con el capote , y se le pone á Don Roque.

Doña Isabel. ¿Falta
alguna cosa?

D. Roque. No mas.
Haz que limpien esta sala,
que pongan bien esos trastos:
yo no sè como mi hermana....
pues ella bien alcanzó
á Manolita ; extremada
era en la limpieza : quando
quieras , puedes preguntarla,
si todo no lo tenia
como una taza de plata.
Era muy muger ; ¡o! ¡aquella!

Entrase en su quarto.

SCENA IX.

Doña Isabel y Blasa.

D.Isab. ¿Què es esto que por mi pasa?
¡pobre Isabel!

Blasa. ¿No sabeis,
Señora, como se marcha
Don Juan?

Doña Isabel. Yo no sè; ¿pues cómo?

Blasa. He visto á Gines que anda
recogiendo sus trebejos,
y á toda prisa los guarda;
pero èl es tan martagon,
que maldita la palabra
me ha querido responder:
pero se van.

Doña Isabel. Que se vayan,
¿què cuidado te da á tí?

Blasa. Ninguno ; solo extrañaba,
que habiendo llegado ayer
á las diez de la mañana,
hoy á las nueve se vuelvan
á marchar.

Doña Isabel. Tendrán posada
mas á su gusto ; ¿quièn sabe?
Beatriz parece que llama.

SCENA X.

Doña Isabel y Don Roque.

D. Roque dirá los dos primeros versos al salir de la puerta. Doña Isabel estará bastante apartada.

No hay remedio ; erre que erre,
aquí hay alguna entruchada.
Pues burla burlando , ya
las nueve , no hay que esperarlas.
Vamos allá ; presto vuelvo;
allí pronto se despacha:
y el remusguillo que corre,
para tener delicada
la cabeza , no es muy bueno.
Presto vuelvo.

SCENA XI.

Doña Isabel. En sus palabras,
en sus acciones encuentro
un misterio.... siempre habla
con ambigüedad ; me observa;
ni aun con Beatriz se declara.
¿En què vendrá á parar esto?
Ya se fuè ; soy desgraciada.....
¿En què le pude ofender?

SCENA XII.

Doña Isabel y Don Juan.

Al salir del quarto de Don Roque ve á Doña Isabel , y hace ademan de volverse á entrar. Doña Isabel hará lo que denotan los versos.

D. Juan. Aun está aquí.

Doña Isabel. No te vayas;
solos estamos ; ¡ay Dios!
¿tú me vuelves las espaldas?
¿á tu Isabel?

D. Juan. Dèxame.

Doña Isabel. No , no te dexo, declara
á quien te quiere tu enojo.
Don Juan , no ignoro la causa;
pero escúchame sabrás......

D.Jua. ¿Qué he de saber? que eres falsa,
que me has olvidado, que....
ya lo sé.

Doña Isabel. ¡Don Juan!

D. Juan. ¡Ingrata!

Doña Isabel. Oyeme, ¡tan poco puedo
contigo!

D. Juan. No, no te valgas
de artificios, que algun dia.....
pero ya es tarde; se acaba
el sufrimiento tambien
en los amantes.
Doña Isabel. No bastan
estas lágrimas......
D. Juan. Fingidas.
Doña Isabel. No lo son.
D. Juan. Dexame, aparta,
Isabel.
Doña Isabel. Cruel ¡qué quieres
de una muger humillada!

Doña Isabel le dexa y se va con precipitacion á un extremo del teatro: él, siguiéndola, dice estos versos.

D. Ju. ¿Què he de querer? ¿ni qué puedes
tú decir, que satisfaga
á mi indignacion? Que fuiste
por el Tutor violentada
hasta el pie de los altares;
que allí diste una palabra
que repugnó el corazon,
que niña, desamparada
y oprimida, al fin cediste;
y que quando suspirabas
por mí, sin poder huirlo,
en un nuevo amor te enlazas,
que solo debe la muerte
desatarle. Mira quantas
razones me puedes dar;
pues todas ellas no alcanzan
á disculparte; no es cierto
que me quisiste..... ¡inhumana!
¿tú, sabes qué golpe es éste
para mí?
Doña Isabel. Señor, yo amaba
de veras; ¡ay! mis finezas
ciertas fuèron y no falsas:
y sè que el poder del mundo
que entónces se declarara
contra mí.... pero tú ignoras,
que habiendo sufrido tantas
sinrazones y cautelas
en mi daño conjuradas,
los zelos pudiéron solos
conseguir que me olvidara
de tu amor.... no me olvidè,
sino que desesperada,
frenètica consentí
en lo que mas repugnaba:
mi resolucion no fuè
ingratitud, fuè venganza.
D. Juan. ¡Isabel, zelos! ¿de quièn?
¿con què motivo...? ¡me engañas!
Doña Isabel. No te engaño.
D. Juan. ¿Pues què fuè?
Isabel, ¿quièn envidiaba
mi fortuna? ¿quièn te pudo
seducir? dímelo.
Doña Isabel. Estaba
mi Tutor harto instruido
de todo; juzgó lograda
su victoria, quando vió
que á los dos nos separaba
la suerte: entónces me dixo,
que era fuerza me casara
con Don Roque: repugnè,
èl instó: ¡(memoria amarga)!
buscó mil medios, y supo
que Don Alvaro pensaba
casarte en Madrid; al punto
vió su cautela lograda.
Fingió dos cartas......
D. Juan. ¡Què dices!
Doñ. Isab. Sí, Don Juan; donde le daban
cuenta dos amigos suyos
de que ya casado estabas,
obedeciendo á tu tio:
el dispuso que llegaran......
D. Ju. ¡Ah! indigno que me has quitado
lo que yo mas estimaba!
Doña Isabel. Hizo que las viera yo;
logró su astucia villana......
¡Ay, una muger amante
quan facilmente se engaña!
instó de nuevo, y al fin......
D. Juan. Dexa, dexame que vaya
á pasar á ese traidor
el pecho de una estocada.

Doña Isabel Deteniéndole.

Señor, ¡ay de mi! ¡ya es tarde!
¿què piensas hacer? no añadas
nuevos males á mi mal.
Yo me morirè mañana
entre angustias y dolor:
nuestra fortuna contraria

no quiso que amor tan firme
á dichoso fin llegara.
No hay remedio, vive tú,
quizá te está preparada
mejor ventura que á mí;
no quieras, no, despreciarla
por esta infeliz muger,
que ya no es tuya. Mis ansias,
mis fatigas yo sabrè
con paciencia tolerarlas;
como tú vivas feliz,
á Isabel eso la basta.
D.Ju. ¡Ay Dios! ¡ay Dios! ¡donde estoy!
con cada razon me matas;
por compasion no te muestres
de mí tan enamorada....
¿Mas yo me detengo aquí?
¿que hay que esperar? nada falta
que saber: harto comprehendo
tu pasion y mi desgracia.
Doñ.Isab. No D.Juan; si así te ausentas,
del todo me desamparas:
aunque te quedes en Cadiz:
siempre vivirè apartada
de tus ojos: ¿quièn te obliga
á que dexes esta casa
con tanta celeridad?
Mi corazon se dilata
solo con verte; no niegues
este consuelo á tu amada
Isabel.
D. Juan. ¡Què ceguedad!
¿eso intentas? calla, calla
infeliz, no solicites
lo que á tí y á mí nos daña.
¿Cómo quieres que se oculte
el amor que nos inflama?
?cómo quieres que yo pueda
tolerar, viendo logradas
por otro felicidades,
que solo á mí destinabas?
¿què solo yo merecí?
¿quieres que llegue mi infamia
á tal exceso? ¡ah cruel!
No basta, dime, no basta
que para siempre te pierda,
sin que á mis penas se añadan
zelos, que han de producir
desesperacion y rabia?
¡Ay Dios! déxame.
Doña Isabel. ¿Te vas?
¿así te vas? ¡qué villana
accion! ¿me dexas? ¿no vuelves
á verme? ¡ay desventurada!
¿volverás?
D. Juan. No sè, no sè......
pero es fuerza que me vaya.
No podrá borrar la ausencia
el amor de nuestras almas;
pero evitará una culpa,
que miro ya muy cercana
si no me voy: á los dos
nos está bien evitarla.
Doña Isab. ¡Señor! dadme resistencia,
que á tanto dolor ya falta.
Don Juan se va por la puerta de mano derecha, y Doña Isabel por la opuesta.

ACTO SEGUNDO.

SCENA I.

Don Roque y despues Muñoz.
Don Roque observa si alguno le escucha, y luego llama á Muñoz.
D. Roque. Solos parece que estamos
entra Muñoz.
Muñoz. ¿Y qué es ello?
D. Roque. Nada mas que preguntarte
del encargo que te he hecho.
Y qué has podido observar.
Muñ. ¿Qué encargo, lo del ungüento?
D. Roq. ¿Hombre, al salir no te dixe
que los dos quedaban dentro?
Muñoz. ?Qué dos?
D. Roque. Don Juan é Isabel;
y que vieras....
Muñoz. Ya me acuerdo:
yo no he visto nada.
D. Roque. ¿No?
¿con que Don Juan se fue presto?
Muñoz. Un buen ratillo tardó.
D. Roque. Ya, pero en ese intermedio
no se habláron.
Muñoz. Qué sé yo.
D. Roq. ¿Pues no te encarguè, que luego
que yo me fuese, estuvieras
esu-

escuchando muy atento,
si los dos....?
Muñoz. En el portal
me he estado casi durmiendo.
D. Roque. ¿Con qué nada has hecho?
Muñoz. Nada.
D. Roq. ¡Hombre, nada! pues es cierto
que se puede descuidar....
¡Válgame Dios!
Muñoz. Yo me entiendo.
D. Roque. ¿Qué entendiduras, Muñoz,
son esas, ni què misterio
puede haber?
Muñoz. Yo lo dirè;
yo lo diré claro y presto.
Que no quiero andar fisgando,
que no quiero llevar cuentos
entre marido y muger:
yo sè muy bien lo que es eso.
Está un marido rabiando
hecho un diablo del infierno
contra su muger; encarga,
para apurar sus rezelos,
á un criado que la observe
palabras y pensamientos;
bien; observa, escucha, cuentá
lo que vió, y arma un enredo
de mil demonios; hay riñas,
voces, lloros, juramentos,
palos; la muger conoce,
(y es fácil de conocerlo),
que toda aquella tronada
vino por el soplonzuelo.
Trama un embuste, de suerte
que el marido hecho un veneno
se irrita con el fisgon,
lê atesta de vituperios,
y le echa de casa; agur,
perdió de una vez su empleo,
¡Pues cierto que las mugeres
no tienen modo de hacerlo
con primor! está el marido
rechinando; ¿y qué tenemos?
nada; viene la Señora;
él se irrita, bien, y luego
anda el mimito, el desmayo,
la lagrimilla, el requiebro,
¿y qué se yo? de manera,
que destruye en un momento
quanto el amo y el criado
proyectáron: y yo creo,
que quando un marido tiene
medio trabucado el seso
con las caricias malditas,
irá en mal estado el pleyto
del chismoso del criado:
porque ellas no pierden tiempo.
Entónces entra el decir,
que es un bribon embustero
el pobre corre ve dile,
respondon, pelmazo, puerco,
con un poco de borracho
y otro poco de ratero.
El maridazo es entónces
voto de amen, no hay remedio;
ella logra quanto quiere
de este modo, y.... yo me entiendo.
D. Roq. ¡Hombre, por amor de Dios!
Muñoz. Si digo que yo no puedo;
no puedo, no hay que cansarse,
ya está dicho; á perro viejo
no hay tus tus.
D. Roque. Mira, Muñoz,
coge un cordel....
Muñoz. ¿A què efecto?
D. Roque. Y ahórcame.
Muñoz. No necesita
ni cordeles ni venenos
quien se casa à los setenta
con muchacha de ojos negros.
D. Roque. Dale bola con la edad.
Muñoz. Dale con pedir consejo.
D. Roque. Tú mismo me aconsejaste,
no ha mucho, sobre el suceso
de ayer noche, y me dixiste....
Muñoz. De lo dicho me arrepiento.
D. Roque. Mira, Muñoz, como soy
christiano, que ya no puedo
aguantarte: ¡qué maldita
condicion!
Muñoz. ¿Pues yo qué he hecho
de malo? ¿hice yo la boda?
¿dí yo mi consentimiento
para que viniera el huésped,
la hermana, ni el tacañuelo
de Gines, ni la criada
que me sisa los almuerzos?
¿Yo he de pagarlo, sin ser

arte

arte ni parte? ¿qué es esto?
D. Roq. Hombre, ven acá, ¿quién dice
que tengas la culpa de ello?
solo digo que he sentido
que hayas andado tan lerdo
en hacer lo que te dixe;
esto es regular, sabiendo
que se quedaban en casa;
y juzgando.... ¿ladró el perro?
Muñoz. No ha ladrado, ni se acuerda
de ladrar.
D. Roque. Juzgué que el medio
mas prudente, era observar....
Muñoz. Muy en la memoria tengo
que no ha diez meses, deciais;
Muñoz, ya este es otro tiempo,
ya enviudé; ¡qué bien estoy
sin desazones ni enredos!
Diez meses ha: no hará mas;
no se me olvidan tan presto
las cosas; ya estais casado,
lleno de desasosiegos,
lo pasado se olvidó,
y atarugado y suspenso
con lo presente, Muñoz,
que dices, dame un consejo,
un arbitrio... ¿para qué?
para deshacer lo hecho?
no hay escape: ¿no os casasteis?
el que os ha metido en ello
que os saque.
D. Roque. Yo no te digo,
Muñoz, que busquemos medios
de descasarme; no tal.
Muñoz. Con que no tal, ¡eh! me alegro.
Con que el arbitrio mejor
de lograr algun sosiego
que era separarse de ella...
D. Roque. ¡Ay Muñoz! dèxate de eso.
¿separarnos? no señor:
vaya, por ningun pretexto:
el mal era para mí
entónces.... Lo que pretendo
es echar de casa á todos
esos huéspedes molestos.
Para conseguirlo es fuerza
que me ayudes; esto quiero;
pues aunque he dicho á mi hermana
que se vaya, y siempre observo
las palabras de Don Juan,
para ver qué pensamiento
es el suyo; ella me aturde,
me saca mil argumentos,
y tengo á bien de callar;
él, afectando misterios,
nunca responde á derechas:
de suerte....
Muñoz. ¡Para mi genio!
D. Roque. De suerte que yo no sé
cómo salir de este enredo.
Ellos al cabo se irán;
pero entre tanto no es bueno
que Don Juan con Isabel,
dándole nosotros tiempo,
tenga muchas conferencias:
y hoy para darme tormento
ese diablo de ese Ingles
quiere entregarme el dinero
de las lanas; fuí allá,
ya no estaba; con que tengo
que volver precisamente:
diez mil reales nada ménos
importa, es fuerza volver.
Muñoz. ¿Y qué quiere decir eso?
D. Roq. Que es menester que me ayudes,
Muñoz, por Dios te lo ruego:
una especie.... por la calle
lo he venido discurriendo:
una especie me ha ocurrido
muy bella para el intento.
Muñoz. ¿Qué es la especie?
D. Roque. Una bicoca,
que ha de surtir buen efecto.
Muñoz. Y bien, decid la bìcoca.
D. Roque. ¿Cómo?
Muñoz. Que lo digais presto.
D. Roque. No es mas sino aparentar,
que los dos nos vamos luego;
tú recogerás la capa,
y dentro de tu aposento
te has de esconder; yo me voy,
y observando si hay silencio
en esta pieza, te subes
pasito á pasito, y viendo
que no hay nadie en ella, entónces
te ocultas con mucho tiento,
que nadie te llegue á ver.
Satisfechas allá dentro

de que tú tambien te has ido,
vendrán aquí sin rezelo
á patullar: Isabel
descubrirá sus secretos,
Beatriz hablará con ella,
y de este modo sabremos
quanto hay que saber... ¿te ries?

Muñoz. Y que mala gana tengo
de risitas; pero á veces
no está en un hombre ser serio.

D. Roque. Pero y á qué viene.... ¡dale
con la risa!

Muñoz. Viene á cuento,
sí Señor.

D. Roque. ¿Por qué?

Muñoz. ¿Por qué?
está muy lindo el proyecto
del escondite; una cosa
solamente echo de ménos;
ya se ve! no es esencial.

D. Roque. ¿Y qué cosa?

Muñoz. El agujero,
el rincon, la gazapera
donde ha de estar encubierto
el centinela.

D. Roque. Es verdad,
se me fué del pensamiento;
debaxo del canapè,
que es muy fácil.

Muñoz. Ya lo veo.

Al decir esto se va Muñoz, y vuelve despues.

D. Roq. Muñoz, Muñoz, hombre, mira,
Muñoz; ¡pues estamos buenos!
si no me cuesta la vida
este embrollo, soy eterno.
Muñoz, amigo Muñoz,
por Dios mira.

Muñoz. ¿Què hay de nuevo?
¿otro proyecto mejor?

D. Roque. Que es preciso....

Muñoz. Ya lo entiendo,
es preciso, bien está.

D. Roque Mira....

Muñoz. Si todo el infierno
viniera á casa, no juzgo
que hubiera mas embelecos,
¡caramba! es cosa de chanza:
¿Yo agazaparme? primero....
¡digo! á la vejez viruelas!
yo debo de ser un leño,
un zarandillo, un....

D. Roque. Muñoz,
mira, Muñoz, ya no quiero
nada de tí; ya conozco
lo bien que pagas mi afecto:
¡què ley! ¡què ley! yo creí
que tu aspereza y tu gesto
de vinagre, era apariencia
nada mas: y yo, camueso
de mí, sin quererle echar
por mas que me lo dixèron
sus amas!... Pero, señor
que haya de olvidar tan presto...
¡què ingratitud! quántas veces
se le ha ofrecido dinero;
sabe que se le he prestado;
sabe que yo he sido empeño
para todos sus parientes;
sabe que en mi testamento
le dexo quanto en conciencia
puedo darle.

Muñoz. ¿Y yo sè eso?

D. Roq. ¿Pues què no sabes las mand[as]
que dexo allí?

Muñoz. No por cierto.

D. Roque. ¡Toma! un año de salario
contado desde el momento
en que yo fallezca; mando
que si alguna cuenta tengo
contra tí, se dè por nula;
mando tambien....

Muñoz. Yo no debo
nada à nadie.

D. Roque. Hombre, pudiera
suceder que en aquel tiempo
me lo debieras.

Muñoz. Ya estoy.

D. Roq. Te mando un vestido nuevo
como le quieras, y todos
los mios; tambien te dexo
la caxa de plata; en suma
ya lo he dicho, quanto puedo
dexarte: ¡y por una cosa
tan fácil, como te ruego,
te enfureces como un tigre!..
en fin se acabó; yo espero
que te ha de pesar bien pronto.

Vete,

Vete, que yo no te fuerzo:
¿no quieres hacerlo? vete.
Muñoz. Yo no he dicho que no quiero.
D. Roque. ¿Pues què has dicho?
Muñoz. Que sè yo.
Suena la campanilla, Muñoz quiere irse, y D. Roque le va deteniendo.
D. Roque. No entiendo ya de rodeos,
di lo que quieres hacer.
Muñoz. Han llamado::; que....verèmos.
D. Roq. No hay verèmos, habla claro.
Muñoz. Si voy á abrir.
D. Roque. No, primero
has de resolverte.
Muñoz. Digo,
que sí lo harè.
D. Roque. ¿Cierto?
Muñoz. Cierto.

SCENA II.

Don Roque, y despues Don Juan.

D. Roq. ¡Ay què Muñoz! que carácter
tan temoso y tan soberbio:
en fin dixo que lo hará.
Y bien Don Juan ¿què hay de bueno?
D. Juan. Nada ocurre.
D. Roque. Cansadillo
vendrèis de correr el pueblo
buscando casa: ¡es un diantre,
es un diantre! Esta que tengo
ya veis què estrecha, què antigua,
llena toda de agujeros;
sin conveniencia ninguna
me cuesta un horror, y siento
infinito no hallar otra:
porque, pongo por exemplo,
viene un huèsped, es preciso
todos los trastos ponerlos
hacinados, arrastrar
colchones, y removiendo
las cosas de su lugar
se destruyen sin consuelo;
y todo por no tener
siquiere un par de aposentos
donde poner unas camas:
es trabajo.
D. Juan. Ya lo veo....
D. Roque. ¿Què deseais?
D. Juan. Solo dixe
que teneis razon en eso.
D. Roq. ¡Ah! ¿pues no la he de tener?
como que mi hermana, viendo
la mucha incomodidad
que hay en la casa, ha resuelto
irse á la suya... si aquí...
vaya, es necesario verlo;
es mucho engorro; yo á vos
os trato sin cumplimiento,
ni puede ser de otra suerte:
ya lo veis, para poneros
por una noche no mas
esa cama, se ha revuelto
la casa, y cierto me pesa
en el alma no poderos
dar posada... ¡nada! ¡como
si se lo dixera á un muerto! (*Aparte.*
Beatriz viene, voyme al quarto,
que hoy es dia de correo,
y aun me falta que cerrar
unas cartas.

SCENA III.

Don Juan y Doña Beatriz.

D. Juan. ¡Cómo puedo
sufrir á este mentecato!
¿quién me detiene? ¿què es esto?
¿para què quiero ver mas,
si alivio á mi mal no encuentro?
Doña Beatriz. Gines ha guardado ya
todos los trastos, y creo
segun las señas, que os vais:
yo, Juanito, solo vengo
á decirte que en qualquiera
parte y en qualquiera tiempo
puedes mandarme, que siempre
soy la misma, y te deseo
mucho bien; te conocí
desde chiquito, y por eso
te quiero tanto.
D. Juan. Es verdad;
yo, Señora, os lo agradezco.
Doñ. Beat. ¡Què triste! ¡què triste! ¿tienes
algun pesar?
D. Juan. Nada tengo.
Doña Beat. ¡Tanta seriedad! no es esa
tu condicion, no por cierto....
Mientras Beatriz dice estos versos, Don Juan se pasea pensativo por el teatro.
la turbacion, el disgusto,

que en ella y en èl advierto...
anoche... ¡valgame Dios!
cierto es ya lo que sospecho.
Mira, Juanito, es preciso
aclarar este misterio;
hablemos baxo; ¿què tienes?
dímelo, ¿què tienes?

D. Juan. Tengo...
que sè yo; dexadme.

Doña Beatriz. Mira,
nadie nos oye, podemos
hablar con seguridad:
mi hermano estará allá dentro
con sus cuentas; Isabel...

D. Juan. ¡Ay! dexadme.

Doña Beatriz. Ya te entiendo,
ya lo sè todo, bien haces
en irte, yo te aconsejo
que lo dispongas muy pronto,
apresúralo; primero
es la estimacion que todo
lo demas; eres muy cuerdo,
muy hombre de bien, no sabes
quánto me agradas con eso.

D. Juan. ¿Pero y.... á què?....

Doña Beatriz. Lo sè todo:
no me gastes fingimiento,
ninguno me lo ha contado;
pero desde ayer observo...
y::: vaya, sè tus niñeces,
las ocasiones, lo tierno
que has sido siempre, el cariño....
en fin, de todo me acuerdo.
Dios lo quiso de otro modo;
què se ha de hacer, yo ya veo
què pesadumbre habrá sido
para tí, ya lo comprehendo:
pero, ¿y què remedias? nada;
Juanito, pon tierra en medio,
y esto muy pronto, muy pronto,
lo demas lo cura el tiempo.

D. Juan. ¿Quándo, quándo borrará
esta pasion?

Doña Beatriz. Yo no puedo
decirte nada que tú
no alcances, solo deseo
tu bien: si no tienes casa
donde vayas, yo la tengo;
pero si quieres quedarte
en Cádiz.... que no lo apruebo....
en fin, si te quedas, mira
que mudes el pensamiento
á otra parte; no caviles,
ni dentro de un aposento
te consumas: tus amigos,
que tienes muchos y buenos,
te divertiràn: no des
que decir; es muy mal hecho

Don Juan se sienta en una silla.

turbar la paz de una casa,
y en vez de amor y sosiego
introducir disensiones:
¿la quisiste? sí lo creo;
¿correspondió? bien está....
ya no es tuya.

D. Juan. Si un perverso
no la hubiese violentado,
no hubiera por viles medios
seducido su inocencia,
no la viera yo en ageno
poder, ella fuera mia....
si para amarse nacièron
nuestras almas, y debian
unirse con nudo estrecho,
¡ay! ¿quièn pudo desatarle,
quièn le rompe?.... ¡què tormento!

Doña Beat. Está muy reciente el mal,
no extraño que digas eso;
pero despues....

D. Juan. Sí, despues,
quando ya me hubiere muerto

Doña Beatriz. Por Dios que....

D. Juan. Y hay en la tierra
justicia, virtud, respeto
á la religion.... ¡que así
usen del poder paterno
con una niña inocente!
¡que validos del pretexto
de educacion, tiranicen,
un corazoncito tierno,
donde ya reside amor!
¡què iniquidad! ¡què violento
sacrificio! Ella turbada
entre el pudor, y el respeto,
tímida, engañada y sola....
ya se ve, no pudo mènos.
¡Tantos contra mi querida
Isabel!.... ¡yo sin saberlo

ausente de ella cien leguas,
de tristes sospechas lleno!
¡ella zelosa de mí
sin motivo, resistiendo
mil astucias, ¡desgraciada!
¡què afliccion, què desconsuelo
el tuyo!... ¿y hay en la tierra
piedad, virtud? no lo creo. *Se levanta.*

D. Beat. ¡Válgame Dios! yo estoy muerta
Juanito, què descompuesto,
qué perdido estás.

D. Juan. Gines.

D. Beat. Un hombre de entendimiento
ha de conocer.

D. Juan. Gines.

Doña Beatriz. No me escuchas.

SCENA IV.

Gines, Doña Beatriz y Don Juan.

D. Juan. Vuelve presto,
mira.

Gines. ¡Señor!

D. Juan. Ve á la plaza,
y en casa de Don Anselmo
pregunta; porque èl me ha dicho
que verá de componerlo
con un Capitan su amigo,
en cuyo buque podrèmos
salir hoy mismo.

Gines. No acabo
de entender....

D. Juan. Mira, Don Pedro
de Arizabal no nos puede
llevar, pero podrá hacerlo
un amigo suyo en otra
embarcacion; á este efecto
quedó en hablarle, y llevar
la razon á Don Anselmo
de si puede ó no su amigo:
con la respuesta te espero
en su casa... pero no,
vente por acá primero,
que ya habrè vuelto. ¿Don Roque
otra vez? Guárdeos el Cielo.

SCENA V.

Don Roque y Doña Beatriz.

D. Roque. Beatriz, pregunta.

Doña Beatriz. ¿Què quieres?

D. Roque. Solo preguntarte quiero
quando me dexas en paz,
quándo mudas de aposento;
mas claro, quándo te vas
à tu casa.

Doña Beatriz. Estoy en eso,
se dispondrá.

D. Roque. No me empieces
con tranquillas ni rodeos:
ya te he dicho que te vayas,
que te vayas; pues es cierto
¡que estan las cosas baratas!
y sobretodo no quiero
mas huèspedes, ¡hay tal tema!
Yo no digo que pretendo
que te vayas y no vuelvas
en toda la vida á vernos,
no señor, una vez ú otra
quando quieras, santo y bueno;
pero eso de estarse aquí
regalando, ni por pienso.
Mi muger no necesita
á su lado consejeros;
con que así, fuera.

Doña Beatriz. Está bien,
no te has de enfadar por eso.

D. Roque. Pero vete.

Doña Beatriz. Ya me irè,
ya me irè.

D. Roque. Sí, pero quiero
que te vayas al instante.

D. Beat. Pues al instante, ¡què empeño!
no faltaba mas: cuidado,
hombre, que te vas haciendo
el ente mas fastidioso,
mas ridículo y mas fiero,
que se puede imaginar.
Tú quieres que en el momento
que mandas te sirvan: quieres
que hasta el mismo pensamiento
te adivinen, porque todo
lo sueles pedir á gestos.
Si encuentras alguna cosa
puesta tres ó quatro dedos
mas allá de donde tú
la dexaste, armas un pleyto;
si estás alegre, por fuerza
han de estar todos contentos,
y si te da la morriña
(que dura meses enteros)
ninguno se ha de reir:

si ves hablar en secreto,
al instante te malicias
(como eres tan majadero)
que te burlan ó disponen
asaltarte los talegos.
Si echan en la lamparilla
un poco de aceyte mènos,
son ladrones, porque todo
lo sisan para venderlo;
si echan aceyte de mas,
que no tienen miramiento
ni conciencia, y se conoce
bien que no lo pagan ellos.
Genio como el tuyo, vaya,
no le he visto; y lo que siento
es que siempre va á peor.
Por esto, hermano, por esto
no me voy: Isabelita
ántes de su casamiento
apènas te conocia,
yo la digo, yo la advierto
lo que ha de hacer: dèxala
que te vaya comprehendiendo,
que sepa tus extrañezas,
en fin que te trate, y luego
verás como sin que nadie
me lo diga, dexo el puesto:
que por no verte se puede
dar muchísimo dinero:
á Dios.

SCENA VI.

Don Roque y despues Muñoz.

D. Roque. Beatriz, á otra puerta;
pero no perdamos tiempo,
esta es la ocasion, Muñoz,
lo primero es lo primero:
Muñoz.
Muñoz. Vaya.
D. Roque. Mira, ahora
es ocasion, mièntras veo
si alguno viene, te escondes,
como tenemos dispuesto.
Vamos, hombre, ¡què pesado
eres!
Muñoz. No soy mas ligero.
D. Roque. Despacha: por este lado
puedes entrar.
Muñoz. ¡El proyecto!
D. Roque. ¡Hombre!
Muñoz. ¡Dale! si es inútil
todo; ¿qué pensais que harèmos
con el escondite? nada,
nada, si lo estoy ya viendo:
¿á què es cansarse?... y supongo
que hoy se van, lo doy por hecho,
que los tres quedamos solos;
las desazones, los zelos
no se acabarán jamas.
D. Roque. ¿Por què?
Muñoz. ¿Què, no dais en ello?
porque no puede hacer migas
una niña con un viejo:
no Señor. Si ella es alegre,
antojadiza en extremo,
amiga de cortejillos,
de comedias, de paseos,
y aquí de todo carece:
siempre metida en encierro,
condenada de por vida
á vestiros y coseros:
á ver ese gesto; á oir
el continuo cencerreo
de la tos; á calentar
trapajos en el invierno
para el vientre; á cocer aguas,
preparar polvos, ungüentos,
parches, cataplasmas, ¡digo!
¿cómo la ha de gustar esto?
vaya, si no puede ser,
todo será fingimiento.....
D. Roque. Hombre, vamos.
Muñoz. Quiero hablar,
que no soy ningun podenco:
sí señor, á cada paso
habrá silvidos, acechos,
villeticos, tercerías.
D. Roq. En parte, Muñoz, comprehendo
tu razon, su genio es ese.
Muñoz. ¡Dale bola! no es el genio,
la edad, la edad, ahí está,
en la edad está el misterio.
Los hombres y las mugeres
todos, poco mas ó ménos,
son de una misma calaña:
los chicos gustan de juegos,
de alborotar y correr,
y poner mazas á perros;
las muchachas, transformando

en mantellina el moquero,
van á Misa y á visita,
se dicen mil cumplimientos,
y en cachibaches de plomo
hacen comida y refrescó.
Luego que son grandecillas
olvidan tales enredos,
ni piensan en otra cosa
que en uno ú otro mozuelo,
que al salir de casa un dia
las hizo al descuido un gesto:
Señora madre las guarda,
las refiere mil exemplos,
y las hace por la noche
repasar un libro viejo,
donde dice no se què
de pudor y encogimiento.
El padre piensa que tiene
en la chiquilla un portento
de virtud, y ella entre tanto
piensa en su lindo Don Diego.
Pues no digo nada el Cuyo,
que anda que bebe los vientos,
y pasa noches enteras
hecho un arrimon eterno
aguardando la ocasion
de ver un postigo abierto
por donde Doña Mencía
le diga: ce Caballero.
Ella y èl á voces piden
matrimonio, presto, presto,
y en eso no piden mal:
¿y por què no lo pidièron
quando el uno en el corral
con otros chicos traviesos
jugaba á la coscojilla;
y ella en el recibimiento
con las muchachas de en frente
se estaba haciendo muñecos
de trapajos, y les daba
sopitas de cisco y hieso?
¿por què? Porque con los años
es preciso que mudemos
de inclinaciones, Señor;
y quando se acerca el tiempo
de que la sangre nos bulle,
y nos pide galanteo,
los mozitos se aficionan
á las mozas, no hay remedio;
porque cada qual se arrima
á su cada qual, ¿no es esto?
Y pensar que el genio causa
esta inclinacion, es cuento;
ó es menester confesar
que todos tienen un genio
quando tienen cierta edad.
Yo, Señor; en mí lo veo,
fuí muchacho y mozalbete,
y tuve por aquel tiempo
las travesurillas propias
de un chiquito y de un mozuelo;
pero despues se acabó,
¡oxalá no fuera cierto!
y no espero, ¡qué esperar!
ni por acaso lo pienso,
que ninguna muchachuela,
que la rebosa en el cuerpo
la robustez y el calor,
se aficione de mi gesto...
vamos, eso es disparate,
y aunque es doloroso el verlo,
Señor Don Roque de Urrutia,
es preciso conocernos.

D. Roque. Muñoz, calla, calla, calla,
por Dios, y no hablemos de eso,
que cada palabra tuya
me parte de medio á medio.

Muñoz. ¡Así pudiera explicarme
del modo que lo comprehendo!

D.Roque. ¿Pues qué mas has de decir?
mal haya amen...

Muñoz. El camueso
que...

D. Roque. Calla.

Muñ. Callo, y me escurro. *Hace que se va*

D. Roque. Vuelve, mira.

Muñoz. Miro, y vuelvo.

D. Roque. Hombre, si te he dicho ya
que tienes razon, que es cierto
quanto acabas de decir;
pero Muñoz, ¿quid faciendum?
¿quieres que me tire á un pozo?
quieres...

Muñoz. Yo, Señor, no quiero
mas que decir mi sentir
sin disfraces ni rodeos.

D. Roq. Ya me lo has dicho mil veces,
y cada vez que te veo

pre-

predicar sobre el asunto
me degüellas... lo que quiero
es que te escondas.
Muñoz. ¿En dónde?
D. Roque. Aquí, vamos, entra presto:
nadie viene, vamos, hombre.
Muñoz. Por el alma de mi abuelo
que disparate mayor
no lo pensara un jumento.
No conoceis....
D. Roque. Muñoz, vete,
marcha de mi casa presto,
vete, recoge tu ropa,
Muñoz. Si...
D. Roque. Vete, que no te quiero
volver á ver en mi vida;
vaya, marcha.
Muñoz. Ya me meto.
D. Roque. Por aquí.
Muñoz. Vamos allá.
Empieza Muñoz á meterse debajo del canapé.
D. Roque. Luego que te metas dentro
te tiendes de largo á largo,
y descansas.
Muñoz. Ya lo entiendo.
D. Roque. ¿Qué no cabes?
Muñoz. No lo sè.
D. Roque. ¿Cómo?
Muñoz. Que allá lo verèmos.
D. Roque. Parece que viene gente.
Dirá este verso Don Roque quando Muñoz está ya medio, escondido, hace diligencias para salir, y le ayuda su amo.
Muñoz. Esta es otra.
D. Roque. Vaya, lerdo.
Muñoz. Aquí te quiero escopeta
D. Roque. Que vienen ya.
Muñoz. Si no puedo
ir adelante ni atras,
mas que venga un Regimiento.
D. Roque. Pues haz por salir, à ver.
Muñoz. No hay que tirar tan de recio.
D. Roque. Es porque salgas aprisa.
Muñoz. Ya salí.
D. Roque. ¡Jesus, què aprieto!
Muñoz. Mas aprieto ha sido el mio
que por poco no rebiento.

SCENA VII.

Don Roque y Doña Isabel.

D. Roque. Si habrà visto... pero no.
Doña Isabel. ¿Me llamabais?
D. Roque. No por cierto.
Esta es excusa. Parece
que los huèspedes se fueron.
Doña Isabel. Pienso que sí.
D. Roque. ¿Què me dices
de ese Don Juan? ¡ves que atento,
qué bisarro y entendido!
quien le conoció chicuelo,
y ahora le ve... vaya, vaya,
los mozos nos hacen viejos:
¡cómo calla la bribona! (*Aparte.*
Y aun me parece que tengo
especies de haberte visto
alguna vez, allá en tiempo
de Don Alvaro, en su casa.
Doña Isabel. Es verdad.
D. Roque. Sí, bien me acuerdo.
¡Què traviesos erais todos!
què chillidos, y que estruendo
andaba en la sala obscura
por las noches del invierno,
quando ibamos á jugar
al revesino, Don Pedro,
Don Andres, y Don Martin
de Urquijo: ¡què hombres aquellos!
aquellos sí que eran hombres...
lloras?
Doña Isabel. No Señor.
D. Roque. Yo veo
que lloras, dí la verdad
¿què tienes? algun misterio
hay aquí, ¿dí, por què lloras?
D. Is. No lo extrañeis, pues me acuerdo
con eso que me decis
de aquel venturoso tiempo....
D. Roq. De aquel tiempo quando os ibais
á retozar....
Doña Isabel. No por cierto.
D. Roq. Tú D. Juan, y otras muchachas,
y el hijo de Don....
Doña Isabel. No es eso.
D. Roq. ¿De Don Blas; y en la cocina
no dexabais en su puesto
ni vasija ni cacharro?
¡Isabel, aquellos juegos!

¡aque-

¡aquellos juegos!
Doña Isabel. ¡Ay triste!

SCENA VIII.

Gines con un papel en la mano, y dichos.

D. Roq. Hola, recado tenemos. *Ap.*
y villetico tambien:
yo he de verle. ¿Adónde bueno,
Señor Gines?
Gines. A buscar
á mi amo.
D. Roque. Ya te entiendo:
¿con que al amo?
Gines. Sí, Señor.
D. Roque. ¿Y ese papelillo abierto
es para el amo tambien?
dádmele acá.
Gines. ¡Bueno es eso!
si no es para vos.
D. Roque. No importa.
Gines. Advertid....
D. Roque. Yo nada advierto:
es empeño el verle ya.
Gines. Ahí le teneis, si es empeño.
Le da el papel, y Don Roque lee.
Doña Isabel. ¡Què dirá el papel!
Gines. El hombre
gasta mucho cumplimiento.
Doña Isab. Llena de temor estoy. *Ap.*
D. Roque. Pues toma, llevale presto.
Gines. ¿Pero está en casa mi amo?
D. Roq. No está en casa, segun creo.
Doña Isabel. No está, no está.
Gines. Agur, Señores.
D. Roque. A Dios, amigo.

SCENA IX.

Don Roque y Doña Isabel.

D. Roque. En efecto
se va Don Juan.
Doña Isabel. ¿Como? ¿adónde?
D. Roq. ¡Si será el lloro por esto! *Ap.*
hoy mismo se ha de embarcar
¿que dices?
Doña Isabel. Yo nada.
D. Roque. El viento
es propio para salir,
y me parece muy bueno
que vaya á Amèrica: allí
si se da por el comercio
hay muy buena proporcion;
es verdad que no le veo
inclinado á comerciar;
pero, en fin, quando lo ha hecho
èl sabrá por què se va,
y adonde vá, que no es lerdo....
¿què dices?
Doña Isabel. Nada, Señor.
D. Roque. Es un mozo muy atento,
y de bella inclinacion:
yo he celebrado en extremo
haberle tenido en casa,
y aunque ha estado poco tiempo,
he comprehendido que tiene
prendas de muy caballero:
¿qué te parece? ¿es verdad?
Doñ. Isa. No hay duda, señor, es cierto.
D. Roque. ¿Estás triste?
Doña Isabel. No, Señor.
D. Roq. ¿Qué, no te gusta que hablemos
de nuestro huésped?
Doña Isabel. ¿A mí
qué se me puede dar de eso?
D. Roq. Dices bien, ¡hola! ya es tarde.
Saca el Relox.
Doña Isabel. ¿Salis otra vez?
D. Roque. Si, tengo
que hacer mil cosas; Muñoz
tambien ha de salir luego:
quando se vaya, tened
cuidado, y estad atentos
por si alguno llama. A Dios.
Tú caerás en el anzuelo. *Aparte.*

SCENA X.

Doña Isabel y Doña Beatriz.

Doña Beatriz. ¿Vienes adentro, Isabel,
ó te agrada que saquemos
à esta pieza la labor?
Doña Isabel. ¡Ay Beatriz!
Doña Beatriz. Dexemos eso,
Isabelita.
Doña Isabel. ¡Ay de mí!
Doñ. Beat. Vamos, hermana, ¡qué esto!
¿no ha de haber prudencia en ti?
¿es ese el ofrecimiento
que me has hecho de olvidarle;
y siguiendo mi consejo,
despedirle para siempre
ántes que llegue el extremo
de que lo sepa mi hermano?

D. Isab.

Doña Isab. Ya lo sabe, ya no es tiempo
de disimular con él;
mis ojos se lo dixéron,
mis suspiros...
Doña Beatriz. ¿Pues qué ha dicho?
Doña Isab. Nada; pero yo que advierto
en sus palabras y acciones
mucho artificio, y misterio,
he llegado à conocer
que està zeloso é inquieto,
porque no se va Don Juan.
D. Beat. ¡Ay, hermana, qué mal hecho,
qué mal hecho¡... pero yo
no lo supe, que à saberlo...
Doña Isabel. ?El qué, Beatriz?
Doña Beatriz. Que venia
à Càdiz: yo te prometo
que si hubieramos sabido
su venida, conociendo
al uno y al otro, yo
hubiera sabido hacerlo
de modo que él no viniese
à renovar sentimientos,
à turbar nuestra quietud,
á dar à mi hermano zelos;
pero, Isabel, todavía
si eres honrada hay remedio.
Doña Isabel. ¿Dudas de mi?
Doña Beatriz. No, confio
en tu virtud, y por eso
con franqueza he de decirte
lo que has de hacer.
Doña Isabel. Dílo presto.
Doña Beat. No verle mas; los combates
de amor se vencen huyendo:
no le escuches, no le veas,
y entre tanto dispondrémos
que se vaya.
Doña Isabel. En vano es ya,
pues su partida ha resuelto
él mismo, y ha de embarcarse
muy pronto, segun entiendo.
Doña Beat. Eso es lo que debe hacer;
¿pero lo sabes de cierto?
¡Ay! Isabel, esas son
palabras que lleva el viento.
En fin, tú debes hacer
lo que te he dicho, y te ofrezco
que hoy mismo estaré con él;
sabré quàl es su deseo,
y de una manera ú otra
saldrà de casa muy presto,
muy presto.
Doña Isabel. ¡Vàlgame Dios!
Doña Beat. Si es noble, si es caballero,
ha de conocer la fuerza
de la razon, y no creo
que permita que mi hermano
viva de tí descontento.
Si te estima, no querrà
verte notada del pueblo,
sin honor, aborrecida
de tu marido; si es cuerdo
si teme à Dios, con dexarte
dará à tanto mal remedio.
Doña Isab. ¡Qué bien dices! tú me das
valor, tú me das consuelo:
sí, primero es la virtud....
pero ¡ay de mí!... ya resuelvo
lo mejor; yo, yo sabré,
dando fin à tantos yerros,
decirle que me abandone,
que se vaya, que no quiero
volver à ver en mi vida
à un hombre que ya aborrezco.
Doña Beat. ¿Le aborreces? ¿y tendràs
valor para decir eso?
¡ay! Isabel, lo que importa
es, que por ningun pretexto
le vuelvas à ver jamas;
yo le diré todo eso
que tú le piensas decir;
vente conmigo allà dentro,
y fingiendo que estàs mala,
à nuestro engaño darémos
principio, ven.
Doña Isabel. Ya te sigo.

SCENA XI.

Doña Isabel y luego Don Juan.

Doña Isab. Gente viene; ¡pero Cielos!
él es, me voy; ¿qué he de hacer?
¡triste de mí! no, no quiero
verle.
D. Juan. Isabel.
Doña Isabel. Si venis
ó enamorado ó atento,
à despediros de mí,
guarde vuestra vida el Cielo,
y os

y os lleve con bien. ¡Ay triste!
D. Juan. A solo decirte vengo...
Doña Isabel. Sí, que te vas, ya lo sè:
vete, yo te lo aconsejo;
vete, cruel! si tu tienes
valor ¡ay Dios! para hacerlo;
para rogartelo yo,
si no le tuve, hoy le tengo.
D. Juan. ¡Ah! ¡què no sabes la pena!...
Doña Isabel. Sí, ya sè lo que te debo:
vete, y dèxame morir...
pero en fin, ¿te vas? ¿es cierto,
es cierto, Don Juan? ¿despues
de un amor tan verdadero
puede esperar este fin?
¿esto mereció mi afecto?
D. Juan. ¿Y esto he merecido yo?
¡ah! ingrata muger, ¿què has hecho?
¡què facilidad la tuya!
¿quàl violencia, què respeto
así te pudo obligar,
para deshacer tan presto
la union mas apetecida
que formó el trato y el tiempo?
¡ay! ¡què tiempo aquel! ¿te acuerdas?
¿te acuerdas?
Doña Isabel. ¡Yo desfallezco!
D. Juan. Quando de nuestra fortuna
tu contenta y yo contento
esperabamos de amor
galardones lisonjeros:
el trato, la inclinacion,
la edad, los alegres juegos,
los mal fingidos desvíos...
D. Isab. D. Juan ¡ay de mí! ¡yo muero!
D. Juan. Un suspiro, una palabra
de tu boca, un halagüeño
mirar; toda mi ambicion
era, todos mis deseos....
ya se acabó: sí te quise,
sí; es verdad que en otro tiempo
nos amabamos los dos,
pasó como sombra y sueño.
Tú cediste á las instancias
de un hombre vil y perverso;
cediste, y una ilusion,
unos aparentes zelos
te pudièron obligar
á olvidar mi amor primero...
¡debilidad femenil!
Doña Isab. Tarde lo lloro y lo siento.
D. Juan. ¡Tarde! es verdad, en la muerte
toda mi esperanza tengo,
ella acabará mi mal.
Doñ. Isab. ¡Oh! ¡no lo permita el cielo!
yo sí morirè de angustia,
que no hay valor en mi pecho
para tanto; ¡ay infeliz!
D. Juan. A Dios, ya no nos verèmos
otra vez, de tí apartado
buscarè climas diversos...
Isabel, querida mia,
no te olvides del afecto
que nos tuvimos los dos:
ya nada de tí pretendo,
sino que mi fè, mi amor,
viva en tu memoria eterno:
quièreme bien, piensa en mí
quiza hallará mi tormento
alivio, quando imagine
que de la hermosa que pierdo
alguna lagrima, algun
tierno suspiro merezco...
Pero ¡ay de mi! no, Isabel,
olvida el cariño nuestro:
no te acuerdes mas de mí:
borra de tu pensamiento
la memoria de un amor
tan malogrado y funesto:
ama á tu esposo y no mas,
ámale, yo te lo ruego,
y dèxame ya partir.
Doña Isabel. ¡Señor!
D. Juan. ¡Isabel!
Doña Isabel. Ni puedo
hablar, ni sè qué decirte.
¡Ah! si vieras cómo tengo
mi corazon!
D. Juan. ¡Ah! si vieras...
pero á Dios, y este postrero
Quiere abrazarla, y ella le detiene retirándose.
abrazo, confirme...
Doña Isabel. Aparta.
D. Juan. ¿Huyes?
Doña Isabel. Sí, de tí me alejo:
que me ofreces mil peligros
en cada vez que te veo.

D. Juan. ¡Cruel!
Doña Isab. ¡Ah! D.Juan, ¿què quieres,
què quieres de mi? si el Cielo
lo ordena así, ya lo ves,
cedamos á su precepto.
Vete; ya que de este modo
mi desgracia lo ha dispuesto:
vete, sí, nunca me veas;
nuestro honor lo está pidiendo;
mas no te vayas de Cadiz,
ni me des mayor tormento:
no porque te llore ausente,
quieras que te llore muerto;
que á un infeliz mas le sirve
de afliccion que de consuelo
buscar Provincias remotas
con tantos mares en medio.
Una Ciudad populosa
ofrece muchos objetos,
y tus penas cederán
á la reflexîon y al tiempo.
Baste á infundirte valor
ver que yo te doy exemplo:
que me separo de tí
entregada al mas acerbo
dolor: sí, que si no fuese
este amor tan verdadero,
no fuera virtud en mí
dexarte como te dexo;
pero es preciso, Don Juan;
casada estoy, honor tengo:
¿què disculpa hallar sabrè
á mi ceguedad? ¿qué premio
puedo esperar de un delito,
y delito tan horrendo?
¿adónde irèmos entónces?
¿què harás?... ¡ah! si no hay remedio,
separèmonos entrambos,
muera yo de sentimiento,
ausente, desamparada
de mi bien, que alegre muero,
si á costa de tales penas
pura mi opinion conservo.
D. Juan. ¡Ay querida de mis ojos!
¡quién te ha dado tal esfuerzo::::
Doña Isabel. ¡Oh virtud! ¡oh dolorosa
virtud!
Doña Isabel se vá por la puerta de la izquierda; y Don Juan, despues de una breve suspension, por la parte opuesta.
D. Juan. Dios me dè consuelo.

SCENA XII.

Muñ. solo. Llegó el caso: no hay que darle
vueltas, es preciso hacerlo
Vàlgate el diablo por hombre,
¡què perdido tiene el seso!
¡ay que boda! ¡ay que Don Juan!...
Muñoz, ànimo y à ello.
Estando ya medio escondido debaxo del canapé, suena la campanilla, entónces dirá los dos últimos versos, y acaba de esconderse.
No, pues ya no he de salir
aunque echen la puerta al suelo.

SCENA XIII.

Blasa atraviesa el teatro, y sale despues con Gines.

Blasa. Ya van, ya van; ¡hay tal prisa!
Gines. Juzguè que estaba durmiendo.
Blasa. No, sino que se ha marchado
sin decir nada allà dentro.
¡Vaya que es muy fastidioso
el tal Muñoz!
Gines. Yo no entiendo
como Don Roque le aguanta.
Blasa. ¿Cómo? bien fàcil es eso:
porque hace doscientos años
que está en la casa sirviendo:
porque es viejo, que los dos
no se llevan mes y medio:
porque es ruin como su amo:
porque le ha cogido miedo:
porque para qualquier cosa
se vale de su consejo;
y si Muñoz no lo dice,
no puede haber nada bueno:
porque le sirve de espía,
le va con todos los cuentos,
y quando sale su amo
se está en el portal, fingiendo
que duerme ó reza, y no hay cosa
que él no sepa; viene luego
Don Roque, y el estantigua
maldito de su escudero
ce por be todo lo sopla.
Gines. ¡Haya viejarron perverso!
¡miren el cara de angustia

què modos tiene tan bellos
de hacerse querer! ¡bribon!

Blasa. Yo siempre la estoy diciendo
á mi ama que volvamos
á nuestra casa, y dexemos
à esos hombres, que parecen
dos espantajos de un huerto:
vaya que los dos....

Gines. Pues yo,
Blasilla, pronto los dexo,

Blasa. Sí, ¿cómo?

Gines. Como nos vamos
allá, ¿què sè yo? muy lèjos.

Blasa. ¿Y quándo?

Gines. Hoy mismo, si el ayre
no nos pone impedimento.

Blasa. Dichoso tú, que de hoy mas
no verás á ese estafermo
de Muñoz, ni á mi Don Roque
tan fastidioso, y tan puerco.

SCENA XIV.

Doña Isabel, Gines y Blasa.

Doña Isabel. Blasa.

Blasa. Señora.

Doña Isabel. Beatriz
te llama.

Blasa. Allá voy corriendo. *Vase.*

Doña Isab. ¿En dónde estará tu amo?

Gines. En la playa, mièntras vengo
por el caxon que quedó
sobre la mesa allá dentro.

Doña Isabel. Vè por èl.

SCENA XV.

Doña Isabel. sola. ¡Ay infeliz!
no hay que hacer, se va en efecto,
¿y adónde? adonde ¡oh dolor!
á buscar peligros nuevos.
¿Qué precision puede haber
de cruzar un golfo inmenso
que nos ha de separar
no solo para no vernos,
sino para no saber
si mi bien es vivo, ó muerto?
¡Ah! no: sepa yo que èl vive,
y que logra algun consuelo
en su patria, acompañado
de sus amigos y deudos,
Esto importa.

SCENA XVI.

Doña Isabel y Gines con una caxa

Doña Isabel. Gines, dile
á tu amo que le espero
sin falta al instante, ahora:
pues no ha nada que salièron
Don Roque y Muñoz; en fin,
dirásle que á todo riesgo
venga, que le quiero hablar.

Gines. Voy, señora; pero temo....

Doña Isabel. ¿Què?

Gines. Que es ya mala ocasion,
pues está todo dispuesto,
y al primer tiro de leva
saldràn las naves del puerto.

Doña Isab. ¡Mísera! corre, ¡ay de mí!

SCENA XVII.

Muñoz solo, que sale del canapé.
Gracias à Dios que se fuèron:
¡canallas! si tardo un poco
en salir, pierdo el pellejo.
¡La Blasita! ¡pues el otro
bribon!.... y còmo me he puesto
de basura.... ¿si serà
verdad lo del testamento?
¡Què buena gente hay en casa!
los demonios del infierno
no son de raza peor:
Don Roque, malo va esto.

ACTO TERCERO.

SCENA I.

Doña Isabel y Doña Beatriz.

Doña Beatriz. En fin, parece que Dios
todas las cosas ordena
à favor nuestro: Don Juan
conociendo lo que arriesga
en quedarse, va à marchar:
la esquadra se harà à la vela
en esta mañana misma.
Ya, Isabel, estoy contenta,
ya se acabó mi temor:
tus inquietudes serena,
pues ya èl se fue. No presumas
que tu marido sospecha
nada; no, yo le conozco,

sè su genio y sus ideas:
demas, que en tan breve tiempo
no es posible que pudiera
haber llegado à saber
estas cosas. Tu prudencia
emendarà lo demas
èl te quiere, y si te esmeras
en darle gusto, veràs
como todo se remedia.
Doña Isabel. Sí, Beatriz, asi lo harè;
tú mi timidez ahuyentas;
conozco mi error, conozco
los peligros, que me cercan
por una ciega pasion,
que ya desechar es fuerza.
¡Ay hermana! estas paredes
me acusan, adonde quiera
que vuelva la vista.... ¡oh quànto
poder la verdad encierra!
D. Beat. No es mucho, Isabel, que ahora
turbada y dèbil te sientas:
eres niña, y este golpe
te ha de causar mucha pena.
Doña Isabel. Dígalo quien como yo
hubiese amado de veras.
Doña Beat. Despues, Isabel, que borres
esas memorias funestas,
al cuidado de tu casa,
y de tu marido atenta,
libre de este sobresalto,
vida afortunada y quieta
lograràs, por mas que ahora
imposible te parezca.
Sí, querida, no lo dudes,
el trato cariño engendra:
¡què feliz seràs entónces!
hoy lloras, y te lamentas
de tu suerte; vendrà el dia
que à tí te cause vergüenza,
y al acordarte diràs:
¡Señor! ¡què pasion fuè aquella!
no estuve en mí, no es posible;
porque si pensado hubiera
el peligro, ni un instante
mi pundonor permitiera
tal exceso: ¿y yo engañada
llorè de Don Juan la ausencia?
Yo pude sentirlo, quando
mi quietud logrè por ella,
el amor de mi marido....
¡què ceguedad! ¡què flaqueza!
Doña Isabel. ¡Ay Beatriz!
Doña Beatriz. Hermana mia,
¿qué tienes? nada hay que temas.
D. Isa. ¡O! ¡què mal hice en llamarle! *Ap.*
D. Beat. ¿Por què, dí, no te consuelas?
si conoces la verdad,
no des lugar à que venza
la inclinacion: siempre has sido
muy christiana, muy honesta,
y muy prudente tambien;
y si lograrlo deseas....
Doña Isab. ¿Llamàron? èl es sin duda:
Aparte, haciendo que se va.
¿adónde irè?
Doña Beatriz. ¿Què te altera?
¿por què te vas, si es mi hermano?

SCENA II.

Don Roque y las dichas.

D. Roq. ¡Què entruchadas seràn estas
de volver y de tornar!
¿dónde està la bata vieja?
¿quànto va que no se han puesto
los pedazos de bayeta
en la espalda?
Doña Beatriz. Si dixiste
ayer que te los pusieran:
no ha habido tiempo de hacerlo.
D. Roque. Idos las dos allà fuera.
Doña Beat. ¿Te quedas sin desnudar?
D. Roque. ¿Què Don Juan?
Doña Beatriz. Que si te quedas
con ese vestido, ¿ó quieres
la bata?
D. Roque. Quando la quiera,
yo sabrè llamar.
Doña Isabel. Beatriz,
de sobresalto estoy llena.
Doña Beatriz. ¿Quieres algo?
D. Roque. No Señora.
D. Beat. ¿Què tienes? ¿què te molesta?
D. Roque. Nada: ¿qué la importarà,
que yo tenga lo que tenga?
¿no he dicho que me dexeis?
Doña Beatriz Ven, Isabel.

SCENA III.

Don Roque, y Muñoz.

D. Roque. Muñoz, entra;

con

con que el recado no es mas...
Muñoz. ¿Ahora salimos con esa?
Sí, Señor, no es nada mas,
que lo que dixe allá fuera.
D. Roq. ¿Que vaya y diga à su amo,
que venga al punto?
Muñoz. Que venga.
D. Roq. ¿Que los dos hemos salido?
Muñoz. Eso mismo.
D. Roque. ¿Què le espera
sin falta, sin falta?
Muñoz. Cierto.
D. Roq. Y dices que estaba inquieta,
y lloraba?
Muñoz. ¡No que no!
D. Roq. ¿Y què otra cosa era aquella,
que me empezaste à decir?
Muñoz. Eran alabanzas vuestras.
D.Roq. ¿Con que en efecto, estantigua
me llamàron?
Muñoz. Y postema.
D. Roque. ¿Y zenacho?
Muñoz. Y viejarron.
D. Roq. ¡Habrà mayor desvergüenza!
¿con que todas esas flores
dixo de mí?
Muñoz. Y otras treinta.
D. Roque. ¿Y luego le dió el recado?
Muñoz. La del recado no es esa.
D. Roque. Pues Isabel....
Muñoz. Isabel
no trató de esa materia.
Blasilla fuè la que dixo,
que Don Roque es un babieca,
que parece un espantajo,
que es sordo como una piedra,
que le corrompe el aliento,
que tiene hinchadas las piernas,
que no puede ser casado,
que....
D. Roque. Calla por Dios, no quieras
que vaya allà y de un porrazo
la mate: ¡haya picaruela,
habladora, embusterona!
Muñoz. Yo no sè si es embustera,
pero que lo dixo es cierto.
D. Roque. De suerte, que ya no queda
en esta casa ninguno,
que mi tormento no sea,
mi repudricion.... ¡infame!
si estoy por ir y cogerla
de los cabellos, y darla
à la picara tal felpa...
Muñoz. ¿A quàl de ellas?
D. Roque. A Blasilla.
Muñoz. Pregunta ha sido bien necia
la mia; que esotras dos
en nada os han hecho ofensa.
D.Roque. ¡Ay Muñoz! ¡qué distrahido
con lo que mènos debiera
irritarme...! ¿qué he de hacer,
què he de hacer? ¡si no me dexa
la cólera discurrir!
Mira, Muñoz, la cabeza
la tengo como un tambor.
¡Señor! si este mozo intenta
salir hoy mismo de Càdiz,
para separarse de ella;
si le he dexado en la playa
aguardando à que viniera
el bote; si se despide
de mí; si el tiempo se acerca
de salir, que de un instante
à otro la señal esperan....
¡San Antonio! ¿para què
le habrà mandado que venga?
Muñoz. Con el hijo de mi madre
pudieran venirse à fiestas.
D. Roq. ¿Pues en tal caso qué harias?
Muñoz. Yo sè muy bien lo que hiciera.
D.Roq. ¡Hombre! por San Juan bendito
te suplico....
Muñoz. Ya comienza
otra vez el pordiosèo.
D. Roq. Que me digas lo que hicieras,
si fueras Don Roque ahora.
Muñoz. Si fuera Don Roque en esta
ocasion, no dexaria

Miéntras Muñoz dice estos versos, Don Roque se pasea pensativo por el teatro.

vivir á Muñoz: le diera
mil quejas à cada instante,
porque no huele y acecha;
le pidiera parecer
una, quatro, veinte, treinta
veces, y sin hacer nada,
ni resolver à derechas,

à mi

à mi escudero infeliz
le hiciera pagar la pena
de lo que otro cometió;
le acosara, le embistiera,
le matara.... ¿no me ois?

D. Roque. Yo he de perder la cabeza
con estas cosas, Muñoz:
vaya, no hay que darle vueltas,
lo que te he dicho has de hacer.

Muñoz. ¿Què he de hacer?

D. Roque. ¿Ya no te acuerdas?

Muñoz. ¿De què, Señor?

D. Roque. Es verdad...
si estoy loco...

Muñoz. ¿Quièn lo niega?

D. Roq. Ya se vè, si no lo he dicho!...
Mira, Muñoz, si ella espera
al Don Juan, quizà no viene,
porque sabe ó se rezela
que estoy en casa: Gines....
vaya, como si lo viera,
me habrà atisvado al entrar,
que si no.... pero mis tretas
me han de valer: corre, amigo,
corre, que en tu diligencia
consiste.... mira, ya sabes
dónde las llaves se cuelgan:
¿conoces la del porton?

Muñoz. ¿Quàl, Señor?

D. Roque. Aquella vieja:
¿estàs?

Muñoz. ¡Ah! ¿la del postigo
que cae à la callejuela?

D. Roque. Esa misma.

Muñoz. Si ha mil años
que por allí nadie entra
ni sale.

D. Roque. No importa nada;
tràeme la llave.

Muñoz. ¿Y què nueva
invencion?

D. Roque. Ya la sabràs:
ten cuidado no te sientan.

SCENA IV.

Don Roque solo paseándose por el teatro.

Ay ¡ Señor, esto va malo,
malo, malo... picaruela!
¿Si parecerà la llave?
Muñoz dice bien, no es ella
quien tiene la culpa; yo,
yo la he tenido... si fuera
decir... pero sí, ¡emendarse!
quando cumpla los ochenta.
¡Bien dice Muñoz! ¡mal año
si dice bien! èl me inquieta
con sus cosas, pero encaxa
unas verdades tan secas....
Si yo se lo hubiera dicho
àntes, no me sucediera
este chasco, sí por cierto.
¡Pobre Don Roque! ¡què buena
la hiciste! ¡pobre Don Roque!...
Pero quizà si nos dexa
este Don Juan, puede ser,
que lograra... Dios lo quiera.

SCENA V.

Don Roque y Muñoz.

D. Roque. ¿Pareció?

Muñoz. Pareció.

D. Roque. Sabes
si alguna te vió cogerla?

Muñoz. Nadie ha visto nada.

Muñoz da una llave á Don Roque.

D. Roque. ¿No?
pues anda, y dila que venga.

Muñoz. ¿A quien?

D. Roque. A Blasa.

Muñoz. ¿A la niña
deslenguada y bachillera,
que os trató de podrigorio?
¿pues què pretendeis con ella?

D. Roque. Entablar este proyecto,
con el qual, si no se yerra,
à los dos he de pillar:
confirmarè mis sospechas,
y entónces me han de pagar,
juro à tal, la desvergüenza.
Llama à Blasilla.

Muñoz. Ahí parece
que viene.

D. Roque. Pues salte afuera.

Muñoz. Con tanto preparativo,
tanto vaya, torne y vuelva,
se pasa el tiempo.... ¿y que harà?
lo que hizo cascaciruelas.

SCENA VI.

Don Roque y Blasa.

D. Roq.

D. Roque. Oyes, Blasilla.
Blasa. Señor.
D. Roq. Vamos à hacer la desecha. *Ap.*
Mira, yo voy à salir;
si à eso de las doce y media
no he vuelto, podeis comer;
que es señal que como fuera.
Blasa. ¿Fuera, Señor?
D. Roque. Sí, porque
un conocido me espera
para un asunto, y quizàs
no querrà que à casa vuelva,
y me quedarè con èl.
Blasa. Vaya, Señor, que no os dexan
parar en casa.
D. Roque. Es preciso
hacer yo mis diligencias.
Blasa. Y nosotras encerradas
en esta càrcel estrecha,
si no es à Misa, jamas
damos por ahì una vuelta.
D. Roque. Las mugeres recogidas,
que tienen juicio y vergüenza,
se estan en casa, y no son
busconas ni callejeras:
en casa, en casa. Me voy,
que ya el enojo me ciega.

Don Roque se va muy enojado sin tomar el sombrero: á las voces de Blasa vuelve, se le pone, y se va por la puerta del lado derecho.

Blasa. Digo, Señor, ¿y el sombrero?
¿Señor? si...¡què paso lleva!
¿Señor? ¿quànto va que pierde
este viejo la chaveta?
Ya vuelve, gracias à Dios:
tomad el sombrero.
D. Roque. Venga.

SCENA VII.

Blasa y despues Muñoz.

Blasa. ¡Què singular es el hombre!
y que haya muger, que quiera
en lo mejor de su edad,
con una cara de perla,
dos ojos como dos soles,
y un chiste que à todos prenda,
enlodazarse en un viejo
tan carcamal, y tan bestia!
¡Ay, Señor! no; mejor es
morir de puro soltera,
que sufrir à un mamarracho
de un maridazo, alma en pena,
con mas tachas y alifafes,
que el caballo de Gonela.

Sale Muñoz, y al ver á Blasa se detiene á la puerta.

Què es eso, Señor Muñoz,
¿os asustan las doncellas?
si os estorbo...
Muñoz. Sí me estorbas.
Blasa. ¿Con que os estorbo? ¿de veras?
Muñoz. No tengo ganas de hablar.
Blasa. ¿Con que me ire?
Muñoz. Quando quieras.
Blasa. ¡Què ceño! desde que estoy
en esta casa perversa,
nunca os he visto reir:
siempre con mal gesto.
Muñoz. Y ella
siempre, hablar que te hablaràs.
Blasa. Hago bien, que tengo lengua.
Muñoz. Hace mal.
Blasa. No, sino bien.
Muñoz. Vaya, no tengamos fiesta.
Blasa. Quiero hablar.
Muñoz. Calla.
Blasa. Sí quiero
hablar, dale, ¡hay tal cansera!
fastidiosazo de viejo.
Muñoz. Mira....
Blasa. Cara de materia.
Muñoz. Si....
Blasa. Rodrigon, pitarroso.
Judas, rabia, rabia.
Muñoz. Espera...

SCENA VIII.

Muñoz y despues Don Roque.

Muñoz. ¡Picarona! bien se vé
que no hay en casa quien tenga
calzones: ¡picaronaza!
atrevida, desenvuelta,
à mí... vaya, yo no entiendo
cómo he tenido paciencia...
el diablo sabe por què.

Sale Don Roque por la puerta del lado izquierdo.

D. Roq. Muñoz, ya estamos de vuelta:
buena prevencion ha sido.

que pasaras à esta pieza
para espantarlas ; ninguna
me ha visto entrar : mi cautela
se logró completamente.
Al salir yo por la puerta,
ví al canalla de Gines,
que estaba de centinela
en esa casa de al lado;
yo tuerzo la callejuela,
fingiendo no haberle visto;
y èl , que me observaba , apènas
me apartè un poco , marchó,
sin duda à llevar las nuevas
à Don Juan ó Don Demonio.

Muñoz. Pero bien , ¿què se grangea
con ese embrollo maldito
de vueltas y de revueltas,
y entrarse por el porton,
para que las niñas crean
que habeis salido de casa?
Que Gines vaya ni venga,
¿què importarà? ¿ni que juzgue,
que estais dentro , ó estais fuera?
¡Cuidado , que mas parecen
cosas de chicos que juegan,
que no de señor mayor!

D. Roque. Mira Muñoz , esta treta
es , para que si Don Juan,
como le han dicho que vuelva,
por temor de hallarme aqui
se ha detenido , y espera,
para asegurar el lance,
villete , recado , ò seña,
saliendo yo , desde luego
sin duda se desvanezca:
porque si Gines le avisa
ò estan encargadas ellas
de hacerlo , (que son el diablo,)
vendrá sin remedio à verla,
y entónces...

Muñoz. ¿Y entónces què?
habrà una gran pelotera,
chillidos , voces , y à Dios:
se irà Don Juan : ¿y què piensa
lograr , mi Señor Don Roque...

D. Roque. La cosa està ya dispuesta:
pero no nos detengamos
en valde , que el tiempo aprieta;
vete por Dios à tu quarto.

Muñoz. Mucha diversion me espera.

D. Roque. En tanto que yo la traigo
àcia acà ; ¿pero no es ella?

Muñoz. Ella misma , que al reclamo
de Don Juan viene que vuela.
Voime.

SCENA IX.

Don Roque y Doña Isabel.

D. Roque. ¿De qué te suspendes?

Doña Isab. Presumí que estabais fuera,
porque Blasa...

D. Roque. Sí , he salido
á dar por ahí una vuelta,
y....¿qué dices?

Doña Isabel. Nada.

D. Roque. ¿Qué?

Doña Isabel. Nada , Señor.

D. Roque. No se pierda
el tiempo.

Don Roque cierra con llave la puerta del lado izquierdo.

Doña Isabel. Señor, ¿qué haceis?
¡ay de mí! ¡la llave!...

D. Roque. Dexa
la llave , nada te importa
la llave.

Doña Isabel. ¿Pero á qué esta
prevencion?

D. Roque. Mira , Isabel,
yo sé que á Don Juan esperas,
él va á venir.

Doña Isabel. ¡Señor!

D. Roque. Calla,
no me grites , que lo echas
á perder : él va á venir,
yo me escondo en esa pieza;
tú sentada en esta silla,
de modo que yo te vea,
le has de recibir : dirásle,
que ni un punto se detenga
en mi casa ; que á què vienen
todas esas morisquetas
de hacer que se va , y quedarse;
que en su vida á verte vuelva;
y que aunque yo no sé nada,
es muy fácil que lo sepa...
pero á la puerta han llamado,
siéntate , la silla vuelta
ácia este lado.

Don

Don Roque pone una silla en frente de la puerta de su quarto.

Doña Isabel. ¡Ay de mí!
¡dónde estoy! ¡oh! suerte adversa!
mirad, Señor, lo que haceis.

D. Roque. Isabelita, ten cuenta
con lo que te he dicho; mira
que si noto alguna seña
ó palabra, no podré
reportarme, aunque mas quiera,
y tendrémos que sentir.

Doña Isabel. ¡Ay infeliz, ¡qué funesta
situacion! pero es posible...
advertid...

D. Roque. Vámos, que llega.

Doña Isabel. Escuchadme.

D. Roque. Lo que he dicho
harás; cuidado con ella.

Don Roque se entra en su quarto, cerrando la puerta: Doña Isabel se sienta.

SCENA X.

Doña Isabel y Don Juan.

Doña Isabel. ¡Ay desgraciada de mí!
¡ay que angustia! ¡quién pudiera
avisarle!... no hay remedio.

D. Juan. En fin, Isabel, ordenas
que volviendo á verte ahora
nuevo tormento padezca!
¿A qué fin, Isabel mia,
me detienes, si no espera
alivio nuestro dolor?
¿Pero qué pesar te aqueja?
¿qué tienes? enxuga, hermosa,
esas lágrimas: en ellas
harto me dices; no ignoro
de tus ojos la eloqüéncia:
ya sé, mi bien, ya sé quánto
esta partida te cuesta;
pero...

Doña Isabel. Don Juan, ¿qué decis?
¿qué decis? idos, no sea
que mi esposo....

D. Juan. No rezeles,
que no está en casa, no temas;
y Gines quedó advertido
de avisarme quando venga.

Doña Isab. En qualquiera ocasion debo
serle fiel; ved que si llega
à saber vuestra porfia...

D. Juan. Cielos ¡qué mudanza es ésta!
¡què lenguage, que no entiendo!
Isabel, haz que yo sepa
estos enigmas, que el alma
tengo de tu voz suspensa.
Tú me llamaste, y ahora...

Doña Isabel. ¿Yo os llamè?

D. Juan. ¿Què, me lo niegas?
¿me lo niegas? ¡ah cruel!
Pues...

Doña Isabel. Callad.

D. Juan. Tú haràs que pierda
el sentido: ¡ingrata! ¿cómo
cupo en tí tanta fiereza?

Doña Isabel. Ignoro lo que decis.

D. Juan. ¿Lo ignoras?... pero no quieras
apurar mi sufrimiento,
Isabel, de esa manera.

D. Isa. Ya he dicho que os vais; hacedlo
no por vos, Señor, padezca
mi decoro.

D. Juan. ¡Ah fementida
muger, que así mi firmeza
pagas! ¿para esto quisiste
que viniese; para esa
nueva traicion, que tenias
contra mi vida dispuesta?
Si ya me apartè de tí;
si ya mi fuga resuelta,
propuse no verte mas,
¿à què me dices que venga?
¿á què?... Yo vivi engañado;
rindièronme tus finezas...
¡Ah, què pronto se persuade
un hombre lo que desea!
Yo, enamorado de tí,
juzguè tus palabras ciertas,
tanto, que pudo igualar
mi cariño à tu belleza:
¡y así me pagas!

Doña Isabel. Mirad
lo que decis; pues si llega
vuestra ceguedad à tanto,
que alguno de casa os sienta;
mi esposo...

D. Juan. Sí, ya lo sè,
le has dicho ya que no tema;
que el amor que me mostraste

fuè mentirosa apariencia;
y que para convencerme
vas à hacer la mayor prueba
de iniquidad: le ofreciste
ultrajarme, y à mis penas
añadir el mas acerbo
dolor que añadir pudieras.
¿Se lo has prometido así?
Cumple, cumple tu promesa...
Pero, aleve, ¿què disculpa
me das? ¿ninguna te queda?
¡Callas, infiel, porque sabes
que callando me atormentas!
A Dios: sí, me voy; con eso
quedas, Isabel, contenta:
sí, me voy; no volverè
à verte mas, no lo temas:
y acaso llegarà el dia,
que de horror y susto llena,
te acuerdes de mí, oprimida
con la memoria funesta
del pèrfido triunfo... A Dios,
voy à morir: nada anhela
tu amante, sino acabar
la vida, que ya detesta:
ni serè tan infeliz,
que quando aspiro à perderla,
no lo consiga al impulso
de tempestades deshechas.
Así pudiera olvidar
mi error pasado y mi pena,
tus alevosos cariños...

Saca unos papeles, y los hace pedazos.

¡Ah, què digo! no... perezcan,
perezcan; yo las creí
alivio de mis tristezas:
tuyas son... ¡traidoras cartas!
míralas, tuya es la letra:
no quede memoria alguna...

Doña Isabel. ¿Què haceis? ¡ay de mí!

D. Juan. No, dexa,
dèxame.

Doña Isabel. ¡Cielos! Señor...

D. Juan. No las quiero, no: me acuerdan
tus engaños.

Doña Isabel. ¡Infelice,
què nueva desdicha es èsta!
Idos, Señor.

D. Juan. Sí, cruel,
ya es tiempo; libre te quedas.

D. Isab. D. Juan... sí... ¡pobre de mí!
¡pobre de mí! yo voy muerta.

Vase D. Juan por la puerta del lado derecho; Doña Isabel abre la de la parte opuesta, y se va haciendo extremos de dolor.

SCENA XI.

D. Roque solo. Mejor serà... sí, es mejor:
hasta que embarcar le vea
no le dexo... ¡picardía!
la niña... ¡què buena pesca!
Vamos allà, no se escurra,
y tengamos otra fiesta:
¡la Isabelica y su alma!
Esta es hechadiza.

Viendo á Doña Beatriz que sale.

SCENA XII.

D. Roque, D. Beatriz y despues D. Isabel

Doña Beatriz. Espera.

D. Roque. Voy de prisa.

Doña Beatriz. ¿Y Isabel?
¿la has visto?

D. Roque. ¿No sabes de ella?
en los infiernos. *vase.*

Doña Beatriz. ?Què puede
haber sucedido? En esta
pieza no està: presuroso
va mi hermano: alguna nueva
desgracia ocurrió. ¡Si acaso
ha venido, y se la lleva!

D. Isab. Beatriz, hermana, ¡ay de mí!

D. Beat. ¿Què es esto, Isabel, que llena
de dudas me tienes?

Doña Isabel. Esto
es sufrir penas acerbas;
esto es nacer infeliz:
yo... ¡vàlgame Dios! la puerta
cerró... no pude... sin duda
le ha seguido: si le encuentra
le mata; sí, hermana mia:
¿què harèmos? llama... no, dexa:
es mejor que... yo no sè.
No estoy en mí.

Doña Isabel va ácia la puerta del lado derecho, por donde saliéron D. Juan y D. Roque: Doña Beatriz la detiene.

Doña Beatriz. Escucha, espera:
¿adon-

¿adónde vas?
Doña Isabel. A evitar
que le mate.
Doña Beatriz. ¿A quièn? sosiega
el temor.
Doña Isabel. ¿Pues no ha salido
detras de él? No me detengas,
déxame que vaya... ¡ay triste!
Doña Beatriz. ¿Adónde?
Doña Isabel. A morir : no queda
otro remedio , Beatriz;
ni hay muger , à quien suceda
mayor desgracia... Don Juan
vino.
Doña Beatriz. ¿Qué dices?
Doña Isabel. Sí , en esa
pieza se ocultó tu hermano:
todo lo ha visto : él se aleja
culpando mi ingratitud...
¡Ay , Beatriz! no se me acuerda
lo que le dixe ; ni supe...
ni era facil que advirtiera...
¡mísera! ¡qué pude hacer!
Doña Beat. ¿En fin , Isabel , te dexa?
Pues si en él se va el peligro,
no así desmayes , ni cedas
tan pronto á la desventura,
que acaso tú propia aumentas
con tu temor : déxale
que se vaya : harto te cuesta
su venida : tiempo es ya
que á reconocerte vuelvas.
Olvida esos devaneos,
que te han llevádo tan cerca
del precipicio : Isabel,
vuelve en tí , pues aun te queda
tiempo para el desengaño;
y el error pasado emienda.
Doña Isab. Es verdad, ya lo conozco...
Pero ¡ay de mí! quando venga,
¿què le dirè? ¿quién podrá
persuadirle á que me crea?
Si está ayrado contra mi,
y confirmo su sospecha
este acaso , no es posible
que à mis razones atienda.
¡Infeliz! ¿y vivo? ¿y vivo?
¡Cómo hay en mi resistencia!
Doña Beatriz. No à la desesperacion
te entregues de esa manera;
y piérdase todo , como
la esperanza no se pierda.
¿Se fué Don Juan? lo demas
nada importa : quando vuelva
tu marido , yo sabré
aplacarle.
Doña Isabel. En vano intentas
templar mi dolor , en vano;
que está zeloso , y es fuerza
que ni escucha mi disculpa...
D. Beat. Basta, Isabel: ¿no te acuerdas
de que ha de volver mi hermano?
¿qué es esto? ven allà afuera;
vamos.
Doña Isabel. ¿Para qué , Beatriz?
Doña Beatriz. Para evitar que te vea.
Yo estaré con él primero.
Doña Isab. Vamos... El tiro de leva...
Suena un cañonazo: Doña Isabel cae desmayada sobre una silla.
Ya se va... Beatriz... ¡Dios mio!..
D. Bea. ¿Qué te da, hermana?.. no alienta.
Isabel... ¡Válgame Dios!
no vuelve... Si llamo , es fuerza
que esto se publique... Blasa.
Estas resultas esperan
tales casamientos : Blasa.
Será preciso que venga...
pero ya vuelve : ¿Isabel?
Doña Isabel. ¡Ay de mí!
Doña Beatriz. ¿Qué sientes? prueba
si te puedes sostener;
iré por agua.
Doña Isabel. No , espera;
no te vayas.
Doña Beatriz. No me iré:
apóyete en mí.
Doña Isabel. ¡Qué pena!
Doña Beat. Llora , suspira ; que ahora
nadie nos vé.
Doña Isabel. Si pudiera
suspirar... pero no puedo.
Doña Beatriz. ¿Qué sientes?
Doña Isabel. No sé... quisiera...
Doña Beatriz. ¿Qué?
Doña Isabel. Nada : déxalo ya...
mejor estoy... ¡qué funesta
venida!

Doña Beatriz. Vaya, muger,
¿otra vez de eso te acuerdas?
Doña Isabel. Ya se fué... ya se acabó
el afan.
Doña Beatriz. Isabel, dexa
eso, por Dios.
Doña Isabel. Ya se fué...
¡triste de la que se queda!
no volverémos à vernos
jamas... ¡quién me lo dixera!
mucho le quise, Beatriz,
mucho le quise.
Doña Beatriz. Si empiezas
de nuevo con esas cosas,
te abandono.
Doña Isabel. ¡Ay! ¿tú me dexas?
Doña Beat. ¿Pues qué quieres, Isabel,
si tú propia te atormentas,
ni atiendes à mi razon,
ni esos extremos moderas?
Si viene mi hermano ahora,
y de ese modo te encuentra,
¿què le dirás, infeliz?
Doña Isab. Que estoy à todo dispuesta;
que acabo de separarme
de aquel que quise de veras...
Me engañáron; se valiéron
de astucias, para que diera
un sí... ¡perverso, cruel
hombre! ¿qué hiciste¿ ?así entregas
mi mano à quien no he de amar?
¡Ay Dios!
Doña Beatriz. ¡Isabel!
Doña Isabel. Me ciega
el furor... yo lo conozco...
¡Ay, Beatriz! tengo vergüenza
de mí misma... En fin, se va
creyendo que le desprecia
su amada... que le aborrece.
¡Ah! no es verdad, no lo creas:
te quiero, mi bien, te adoro;
no dudes de mi firmeza:
primero y último amor
es el que en mi pecho alberga.
Soy infeliz; no mudable:
digna fué de tus finezas
Isabel; ¡ay! y la vida
la ha de costar esta ausencia.
Doña Beat. Hermana, ven... me parece
que ha entrado; no te detengas.
D. Isab. ¡Desgraciada! ¿adónde, adónde
irémos, que no me vea?
¡Cómo evitaré su enojo!
Helado temor me cerca:
si viene... ¡mísera yo!
Doña Beatriz. Vamos, Isabel.
Doña Isabel. Si fuera
posible... ¿pero qué digo?
Despues de una larga suspension.
esta es ya mucha baxeza;
mucho abatimiento es éste:
aquí le espero resuelta.
A quien todo lo ha perdido,
¿qué peligro le amedrenta?
Quita; ya no voy contigo:
aquí le aguardo.
Doña Beatriz. ¿Qué intentas?
Doña Isab. No sé... no sé... pero estoy
prevenida à quanto venga:
no soy culpada; ¿pues quándo
ha temido la inocencia?
Animo, corazon mio,
que en esta terrible prueba
está tu bien ò tu mal:
él es.
Doña Beatriz. ¡Isabel.!
Doña Isabel. Ya llega.

SCENA XIII.

Don Roque, Muñoz y dichas.

Muñoz ¿Pero yo qué le he de hacer?
D. Roque. Es que quiero que las veas;
á ver por dónde la toman.
Muñoz. Si la cosa está ya hecha,
¿qué diablos han de decir?
¿ni qué importa...
D. Roque. Buena pieza,
ya se fué Don Juan; cumplió
por último su promesa:
vaya bendito de Dios.
Ello es regular que tengas,
ayudada de mi hermana,
tu amiga y tu consejera,
buena porcion de mentiras
y de embolismos dispuesta
para el caso; pero ya

co-

conozco todas sus tretas
y las tuyas ; sí por cierto:
me ha enseñado la experiencia.
Doñ. Beat. ¿Qué quieres decir con eso?
D. Roque. ¡Eh! ¿no lo dixe? ya empieza:
pero hablemos de una vez.
Ya has visto que no te queda
disculpa alguna : ya has visto
que lo sé todo ; y que es fuerza,
no siendo yo ningun tonto,
que esto me enfade y me duela.
¿Es regular...
Doña Isabel. Sí, Señor;
bien decis, vuestra sospecha
es justa ; no he de negarlo;
pero sabed...
D. Roque. ¡Bueno fuera
que lo negaras!
Muñoz. ¡Pues digo,
que se morderá la lengua!
Doñ. Isab. Sabed, que yo... ¡desgraciada!
oprimida... con violencia
os di la mano de esposa:
no hay remedio, ya soy vuestra.
Pero Don Juan... sí, Señor,
le quise ; fué verdadera
nuestra pasion...
Doña Beatriz. Isabel,
¿qué es lo que dices?
Doña Isabel. No fuera
justo engañaros ; le amé...
así lo quiso mi estrella:
él igualmente... dexad,
dexadme, Señor, que vierta
estas lágrimas ; que todo
lo que callo dicen ellas.
En fin, engañado vos;
yo, sin tener quien volviera
por mi, fuí victima triste
de la avaricia perversa
de mi Tutor.
D. Roque. Digo, ¿y cómo
entónces, que conviniera
hablarnos á todos claro,
callaste como una muerta?
Doñ. Isab. ¡Ah, Señor! ¿con tantos años
aun no teneis experiencia
de lo que es una muchacha?
¿No sabeis que nos enseñan
á obedecer ciegamente,
y á que el semblante desmienta
lo que sufre el corazon?
Cuidadosamente observan
nuestros pasos ; y llamando
al disimulo modestia,
padece el alma, y... no importa,
con tal que calle, padezca.
El respeto, la amenaza,
la edad inocente y tierna,
la timidez natural,
las siempre falsas ó inciertas
noticias del mundo... ¡ay triste!
no soy yo sola ; no es ésta
la primera vez que pudo
la autoridad indiscreta
oprimir la voluntad...
D. Roq. Muy bien ; ¿y toda esa arenga
qué quiere decir?
Doña Beatriz. ¿Tan necio
serás que no lo comprehendas?
Quiere decir, que si acaso
estás ayrado con ella
por lo que viste ; ya han hecho
quanto apetecer pudieras,
separándose los dos:
¿qué mas disculpa deseas?
ya no hay motivos de enojo.
D. Roque. Cierto ; es una friolera:
no ha habido nada ; no importa
nada ; no vale la pena:
¿es verdad? ¿lo que yo he visto
no ha sido nada, eh? ¡parlera
de satanás!
Doña Isabel. Ya os he dicho
que le he querido ; y que fuera
mentir negároslo yo;
pero si alguno sospecha
que á mi decoro falté,
es ilusion que le ciega.
No, Señor : el Cielo sabe
que de iniquidad tan fea
estoy inocente : yo
supe con débiles fuerzas,
si no vencer mi pasion,
evitar efectos de ella.
Le llamé para decirle,
que en su patria se estuviera,
donde parientes y amigos

ali-

aliviaran sus tristezas;
rezelando, que si ahora
apresurado se ausenta,
su mismo pesar le mate...
¡quántos peligros le cercan!
Despreciado va de mí:
¡infelice! ¿quién dixera,
que yo, que le quise tanto...
¡ah, mi afecto me enagena!
Pero no, no se malogren
los instantes: ya deshecha
esta amistad, acabada
la causa de vuestra queja;
vos satisfecho quedais,
yo triste, asombrada, llena
de dolor... ¡ah! ya se fué,
ya se logró vuestra idea;
se logró... ¡pero qué golpe
tan terrible! ¡qué violenta
separacion! mucho vale
la virtud, pues tanto cuesta.
En fin, Señor, por vos solo,
por una pasion tan necia,
y una aborrecida union,
de vuestra edad tan agena;
yo perdí mi libertad,
y él á la muerte se acerca.
Pero este esfuerzo cruel
algun galardon espera:
sí; que tanto sacrificio
bien merece recompensa.
Ya está resuelto: apartada
de vos, en la mas estrecha
clausura vivir intento,
si es vida la que me resta,
allí...

Doña Beatriz. ¿Qué has dicho, Isabel?

D. Roque. ¿Muger, qué clausura es esa?
¿qué... vaya, sosiégate:
¡Jesus! ¡cierto que era buena
la invencion!

Doña Beatriz. Hermana...

Doña Isabel. No:
ya lo he pensado; y no queda
otro arbitrio: ¿cómo quieres
que mi trato no le ofenda?
Lleno de desconfianzas
vivirá: por mas que quiera
tranquilizarse; jamas
podrá borrar sus sospechas:
cada accion será un delito,
cada palabra una prueba
contra mí: su edad, su genio...
no es posible que convengan
para vivir en quietud
circunstancias tan opuestas.
Es preciso separarnos:
en tu casa, miéntras llega
el lance, estaré contigo.
Vos Señor, haced que sea,
si fuere posible, hoy mismo:
yo os lo suplico; si queda
alguna reliquia en vos
de aquella aficion funesta;
que me habeis tenido.

D. Roque. Vamos,
no hablemos de esa materia;
yo me olvidaré de todo,
y...

Doña Isabel. No, no Señor; es fuerza
que esta merced me otorgueis.

D. Roque. Tú Beatriz, tendrás con ella
mas autoridad; por Dios,
persuádela.

Doña Beatriz. Ya no es esta
ocasion, ni hallarse pueden
razones que la contengan.
Basta que no te ofendió;
basta que elegir pretenda
el medio de no ofenderte
jamas, y pues limpio queda
tu honor; déxala vivir
en donde no te aborrezca.

D. Roq. ¿Con que yo me he de quedar
sin muger por una tema?
¿con que yo tengo la culpa?...
Isabel...

Doña Isabel. Estoy resuelta:
hacedlo, y á vuestro honor
importa que no se extienda
el caso por la Ciudad:
el sigilo y la presteza
convienen.

D. Roque. Teneis razon...
matadme: ya nada resta
sino morirme de rabia.

Doña Isabel. No: vivid, Señor, y sea
con mucha felicidad:

que yo habitaré contenta
en la soledad que abrazo;
porque retirada en ella
tengamos quietud los dos:
vamos Beatriz.
Doña Beatriz. No difieras
un instante lo que pide.
D. Roque. ¡Muñoz!
Muñoz. ¡Otra moledera!
D. Roque. ¿Pero tú, Muñoz, qué dices?
¡hombre, por Dios!
Muñoz. Si entendiera
que pudiese haber quietud
sin encierro, torno y berjas,
no os aconsejara tal;
pero si es tan manifiesta
la dificultad, que nadie
habrá que no la comprehenda:
si es preciso, aunque ella fuese
una Santa Dorotea...
Vamos, eso es tan palpable,
que no merece la pena
de gastar tiempo: ¿se va?
muy bien pensado: ¿se encierra?
lindamente: á vos os quita
quebraderos de cabeza,
y ella, en no viendo jamas
esa cara, está contenta:
con que abreviarlo, y agur.
D. Ro. ¿Con que éllo ha de ser por fuerza?
Muñoz. No, sino de bien á bien,
D. Roque. ¡Beatriz!
Doña Beatriz. En vano me ruegas.
D. Roque. ¡Isabel.!
Doña Isabel. No, no os escucho.
D. Roq. ¡Pero es posible que quieras...
Doña Isabel. No me sigais, apartad,
que en vos se me representa
un tirano aborrecido:
léjos de vuestra presencia
podré vivir; pero ved,
que si un error os empeña
en obligarme á ceder,
no bastará la prudencia;
y es temible una muger
desesperada y resuelta. *vase.*
Doña Beat. Ya lo has visto: no la apures.
D. Roque. Haré todo lo que quiera:
dexadme vivir en paz,
dexadme... y Dios la haga buena.
Doña Beatriz. Pero...
D. Roque. Sí, mañana mismo
harémos la diligencia;
mañana... y que me perdone...
que yo la perdono á ella.

SCENA ULTIMA.

D. Roque y Muñoz.

D. Roq. ¡Válgame Dios qué muchacha!
¡válgame Dios!
Muñoz. No creyera....
D. Roque. Calla, que en quanto me digas
tendrás razon; pero dexa,
que reniegue de mí mismo,
pues yo por mi ligereza
he sido causa de todo:
ya lo pago, y aunque venga
tarde, reconozco ahora
que no son edades estas
para pensar en casorios.
Muñoz. ¡Si muchos lo conocieran!...
¡pero sí! quanto mas viejos,
mas niños y mas troneras.

FIN.

[Ba]rcelona: Por la Viuda Piferrer, vendese en su Libreria,
administrada por Juan Sellent; y en Madrid en la
de Quiroga.